

María Elvira Careaga Canale nació el 24 de julio de 1931 en Culiacán, Sinaloa. Estudió Comercio en el Colegio de Sinaloa y ejerció la profesión de Contador Privado.

Ha sido directora de la residencia universitaria "Costanera" de Santiago de Chile. Directora del Centro de Capacitación Hotelero de Montefalco, Morelos, y del Centro Toshi en el Estado de México.

Colaboró en la creación de la Casa de Convivencia "El Dique" ubicada a las orillas del dique Mariquita en Pericos, Mocorito, Sinaloa.



María Elvira
Careaga Canale
**La Casa,
aquello que
los años
dejan...**



**Colección
Bachiller**
Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa

Rescate histórico

María Elvira Careaga Canale

La Casa, aquello
que los años dejan...

LIC. QUIRINO ORDAZ COPPEL
Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa

LIC. GONZALO GÓMEZ FLORES
Secretario General de Gobierno

DR. JOSÉ ENRIQUE VILLA RIVERA
Secretario de Educación Pública y Cultura

MC. SERGIO MARIO ARREDONDO SALAS
Director General de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa

PROFRA. LETICIA SERRANO SÁINZ
Secretaria General de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa

LIC. YAHAIRA SHANTAL LÓPEZ ÁLVAREZ
Directora de Extensión de la Cultura

La Casa, aquello que los años dejan...
María Elvira Careaga Canale

Segunda edición
© 2018 Derechos Reservados. Edición. Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa

Culiacán Rosales, Sinaloa, agosto de 2018



Edición a cargo de la Dirección de Extensión de la Cultura

Edición con fines culturales, no lucrativos

Cuidado de la edición: *Jesús Hidalgo Mendoza*
Maquetación: *Gilberto Cobarrubias Rodríguez*
Diseño: *Ito Contreras*

Hecho en México / Printed in Mexico

Av. Independencia No. 2142 Sur. Col. Centro Sinaloa, C.P. 80129,
Culiacán, Sin. Tel. 01(667)758-68-30

Versión digital en www.cobaes.edu.mx

*Detrás de cada imagen
existe una historia...*

*Estas historias de
acontecimientos, espacios
y lugares, cosas, hechos
y personas que aquí se
presentan, es la memoria
impresa que de una forma
u otra, esta íntimamente
ligada a la historia de La
Casa, sus personajes y su
entorno: La Hacienda de
Pericos.*

*Mi agradecimiento a René de
Santiago Palomares y Jaime Félix
Pico, directivos del Patronato de
Culiacán. A.C.
por el interés y entusiasmo con que
colaboraron en la publicación de
este libro.*

*En memoria de la solariega casa,
cimiento y raíz de nuestra familia,
en la que tanto cariño y ternura
recibí, que me vio nacer y crecer...*

*Donde aprendí a conocer
y a amar a Dios, comprender y
disfrutar la vida y los valores
familiares que me fueron
trasmitidos por mis mayores.*

María Elvira Careaga Canale



Descendencia de la familia Peyró*

Con referencia sólo a las
generaciones que habitaron y
frecuentaron la Casa

Primera generación **Siglo XVIII y XIX**

- Dn. Francisco Peyró Gramon
- Dña. Ascensión Pérez de Peyró.

Segunda Generación **Siglo XIX.**

- Sus hijos Peiro Pérez.

Tercera Generación **Siglo XIX y XX**

- Sus nietos Peiro Castro.

Cuarta Generación. **Siglo XX**

- Sus bisnietos Peiro Orrantia.

*A partir del Siglo XIX empezó a usarse indistintamente el apellido Peyró a Peiro.

Quinta Generación

Siglo XX y XXI

Sus tataranietos:

- Martínez de Castro Peiro.
- Canale Peiro.
- Peiro Urriolagoitia.

Sexta Generación

Siglo XX y XXI

Hijos de sus tataranietos:

- Careaga Canale
- Bazán Canale
- Canale Ojeda
- Esquer Peiro
- Corrales Peiro
- De Rueda Peiro
- Anzoategui Peiro

(Los hijos de los Martínez de Castro Peiro que forman parte de esta sexta generación, ya no habitaron ni conocieron "La Casa".)

“La Casa”

I

La casa solariega de mí tan añorada,
la inmensa casa vieja de tantos ya ignorada,
la casona paterna impregnada de encanto...
encanto de los años, encanto del pasado.

Aquellos otros días sus huellas le dejaron;
las risas de los niños, los pasos del anciano,
del juego y de los rezos, del canto y del trabajo,
la huella de la vida, la huella del ocaso,
las brisas y las rosas, los frutos del cansancio.

Todas estas huellas en ella se quedaron,
todos estos ecos sus muros resguardaron
uniendo para siempre presente con pasado,
es roca que aún perdura, cimiento de un legado.
Es huella de los míos que tanto amor forjaron.

“La Casa”

II

Es esta la casa de amplios portales,
de techos muy altos y gruesos pilares,
de canteras duras, de ventanas grandes,
de rejas eternas, cubiertas de rosas
y de enredaderas.

Es esta la casa de patios centrales,
de muchos aromas, con elanilanes,
jazmines, mosquetas, banderas muy grandes,
viejos paredones.

Es esta la casa de amables rumores;
de pasos, de risas, de algunas canciones,
de ruidos caseros y píar de gorriones,
de inquietos canarios y negros zanates
que trajinan siempre entre los frutales.

Es esta la casa de arcos y vigas,
muy fresca y muy limpia.
de persianas claras, con flores y pilas;
plúmbagos azules, blancas limonarias
que crecen muy junto a sus gruesas bardas.

Es esta la casa que siempre ha tenido portal
con hamacas de ixtle tejido; cuando se mecen
se traen el sonido de viejas argollas con su rechinido.
Su banquetta propia
cerrada con verja de alambre graciosa,
bancas familiares, árboles añosos, el piso de laja,
que le da un ambiente tranquilo a la casa.

Y al caer la tarde
se tiñe de rosa, de lila y de grana,
de luz transparente que toda la baña

Es esta la casa con horno de adobe,
cocina muy grande y cazos de cobre,
estufa de leña, molino de mano,
bonitas cazuelas con sabor a barro.

El gran molcajete
metates de piedra sobre los poyates,
las blancas bateas llenitas de masa,
el comal caliente, y el cedazo viejo
con olor a queso, jocoqui y cuajada.

Es esta la casa con destiladera,
con agua muy clara que filtra la piedra,
y cae gota a gota, llenando hasta el borde
la frondosa olla.

También con despensa, que guarda mestizas
cajeta de leche, conserva y jaleas.

La gruesa alambra

con chorizo bueno y asadera fresca.

Es esta la casa con aguamaniles,
con camas de fierro y muebles de mimbre,
vaivén de poltronas, pabellón de tules,
quinqués luminosos y hondos baúles.

Roperos de cedro con regios copetes
y gratos recuerdos

Alegres pinturas; la Industria grandiosa
y la Agricultura

arados y rosas, y algunos magueyes
plasmados al óleo sobre las paredes.

Es esta la casa con zaguán muy sobrio
de madera oscura; con llave de fierro
aldabas pesadas y chapa oscura.

Que al llegar la noche se perfuma entera
con olor a flores.

Se llena de calma y a lo lejos se oye,
el croar de las ranas, el canto del grillo,
la luz del copechi sobre las ventanas.

Es esta la casa en que tantos nacieron,
mi madre, mis tíos, también mis abuelos.

Crecimos, jugamos los hijos y nietos.

Es esta la casa que llevamos dentro.





Vista de la casa desde el llano en 1939. El portal de enfrente conforma la parte más antigua de la casa.

La Casa*



Oí un gran estruendo.... el árbol cayó. Pensé: dejó sus raíces, por eso el ruido fue más fuerte, el golpe más brusco. Tronco y ramas se vinieron abajo...

Sí, así fue.

Cuando el árbol al caer se trae sus raíces, no se quiebra, muere completo, se seca todo él, no sufre el dolor de verse partido, trayendo en el tronco su savia y fragancia, dejando en la tierra un poco de vida... parte de su ser...

Fue un desgarrón!

Hoy quedé así como el árbol partido al saberte ajena.

Sabes, me dijo, vendimos la casa... Y vi tu figura...

Aún estás ahí, de pie, erguida y alta, con tu fachada intacta, el porte digno, conservando tu estilo sencillo y señorial.

*Escrito por la autora al enterarse de la venta de la casa.

El abandono y el olvido te han lastimado quizá, y has sufrido algunos daños, te ves maltratada.

Pero tú sigues siendo la misma.

Eres como una madre, como una gran mujer que los años le han restado energía, han apagado un poco su belleza, pero no el amor; le han doblado el cuerpo, pero no el corazón... Una madre que concibió hijos... muchos hijos... que observa, que sufre y espera, aferrada a no perder su derecho de seguir transmitiendo alegría y amor, de dar hasta el último aliento de vida a aquellos que aún mantienen con ella un lazo de sangre.

Has luchado por mantenerte fiel a tu misión resguardando en tu seno la vida que aún palpita en tus muros, en tu aire, en tu aroma, en tu luz (aún hueles igual), iluminas igual, con la misma claridad y certeza, el camino que nos une al pasado, a un pasado que tu presencia nos hace presente, y nos trasmite la vida perenne de quienes te forjaron y te habitaron pensando en nosotros.

Has vencido ciclones, lluvias y soles.

Has podido más que los años, logrando que éstos no te vacíen del contenido familiar e histórico que llevas dentro.

Sigues siendo raíz...



Portal de las hamacas. Escena familiar.



Portal de las hamacas. Doña María Urriolagoitia de Peiro con su hijo José Inés Peiro Urriolagoitia.

Los hombres olvidamos, nos dejamos llevar por las impresiones, los intereses y los avatares de la vida. Nos dispersamos, multiplicamos, nos ausentamos. Y aunque los verdaderos valores no cambian, los vamos desdibujando, diluyendo, según va siendo el polvo que nos cubre en nuestro caminar.

Pero tú sigues cumpliendo con tu deber que es amar... unir... No olvidas, sigues fiel, humilde, callada ante el abandono.

Sigues siendo tradición...

Esta vez tuve contigo un encuentro distinto, mucho más hondo que aquellos de antiguos veranos, cuando desde el momento que dejaba atrás la ciudad, y el camino de tierra y piedras, cerros y charcos, horizonte y cielo, se abría ante mis ojos, te centrabas tú en mi mente, en mi imaginación como una gran meta que después de tres horas de aire y sol, iba a alcanzar.

Gozaba pensando ya en el portal de las hamacas, en donde todas las tardes me iba a ir a mecer, desafiando a mis hermanos y primos para ver quién llegaba a tocar el techo con el impulso del vuelo. Veía el cerro del Aguapepe, pelón y fuerte, cerrando

el arco del portal... Seguía pensando en el jardín de lajas con olor a humedad; con sus cuyitos, la enredadera de espárrago frágil y delicada, haciendo el marco de entrada; el mango, el chico, el arrayán enano y el obelisco rojo sembrado en la esquina, desde ahí miraba hacia el portal interior...

El inmenso portal de cantera y pilares de fierro, muros pintados al óleo, magueyes, arados y rosas. Con arcos y techo tan alto, que apenas sus vigas podía contar.

El fuerte zaguán resguardando la intimidad de la casa. Al introducirnos mostraba frescos en las paredes: la Industria por un lado, la Agricultura por el otro.

Volvía entonces a ver el camino, contaba las horas, atisbaba los cerros para ver si ya eran los más próximos a ti. Creía ver la chimenea de la fábrica y después percibir el fuerte olor a bagazo, desagradable para algunos, pero no para mí, quizá porque lo unía a tus plantíos de maguey que daban al paisaje un colorido verde azul... Los capules gruesos de tronco, sombríos y enormes, punto de reunión de la familia entera... Algún día del verano era seguro que iríamos a comer debajo de ellos, y nos haría unos columpios con mecates largos y fuertes...

La casa de Teófilo, primera de una serie de casitas de los trabajadores... La huerta de mi nina Falita con tanta variedad de árboles y frutos... toronjas, anonas, ciruelas y limones... Más allá las casas del pueblo, el cauce ancho del arroyo, los álamos añosos de un lado y otro... El ruido de una que otra barrica, con su burro y su barril, que iba por agua, guiada casi siempre por un niño; podía ser el hijo de Esteban el Mocho, o de Cruz, o de Juan Carrucha, un niño amigo al que no veía desde el pasado año, y que siempre sonreía al vernos nuevamente llegar con el verano y las lluvias.

Posiblemente en las vacaciones anteriores había jugado con nosotros en las noches de luna, al uno dos tres por mí, o al borreguito perdido o me había enseñado a hacer pelotas de hilo mojado en la leche gomosa de los bejocos que crecían a la

orilla del arroyo... o que con seguridad había brincoteado en los charcos después de las lluvias buscando ranitas...

Un poco más de camino, y de pronto al dar la vuelta, al entrar al llano, engrandeciéndolo, estabas tú... No habías cambiado...

Pero hoy ante este nuevo encuentro después de saberte ajena, me acerco con temor y angustia y te pregunto:... ¿Podrás tú seguir siendo la misma?...

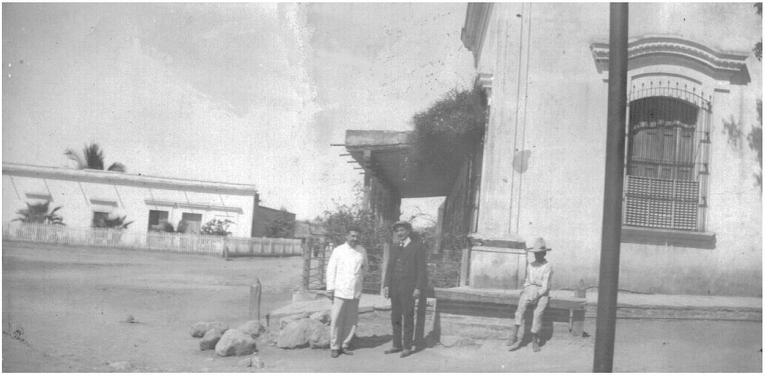
Porque yo, ya sin raíces no podré seguir siendo igual...



Portal interior de la casa.



La esquina, vista desde el llano en 1914.



Vista de la esquina de la Casa desde el Oriente.



Escena familiar en la esquina, lugar favorito de reunión de la familia. Irene Peiro Urriolagoitia y niño Pedro Careaga Canale, con sus amigos.

La Casa: Aquello que los años dejan...

IV

Mi niñez, mi adolescencia y mi juventud estuvieron beneficiadas por un ambiente familiar muy fuerte, que influyó después en toda mi vida, arraigado en la historia de varias generaciones unidas entre sí que sin romperse ni separarse unas de otras, nos fueron creando de una manera directa, sencilla y constante un sentido muy profundo de identidad, de unidad, de la dignidad humana y cristiana de quienes se saben hijos de Dios.

Aún sin tener todavía la suficiente edad para poder razonar y reflexionar sobre estos valores, se me fue desarrollando dentro de este ambiente familiar, una sensibilidad que me fue haciendo percibir y experimentar en mí la felicidad que estos valores llevan consigo.

Formo parte de la sexta generación, estoy unida a “la Casa” por los lazos que me unen con la generación de mi mamá, la Sra. Ma. Elvira Canale Peiro de Careaga, la primera nieta con la que se inició la quinta generación. Ella nació, creció y vivió en “la Casa” hasta que se casó, fue parte de este ambiente familiar arraigado en la historia de estas generaciones.

Yo disfruté “la Casa”; viví mi época como ella y mi abuela a su vez vivieron la suya, y descubrí también los valores familiares que encierra la historia de estas generaciones nuestras.

Por eso vi la necesidad, el deber gustoso de justicia y de amor, de rescatar todo este legado, todas estas huellas que los años dejan.. y acudí a mi mamá para confirmar con ella recuerdos y nombres de nuestros familiares, fechas, hechos, costumbres, anécdotas de las generaciones anteriores que le fueron contadas por sus mayores; digo confirmar porque por tradición las habíamos oído, las sabíamos.

Recogí todos esos datos unidos a mis recuerdos y experiencias personales, los ordené, redacté como si ella misma hubiera escrito toda esa historia dentro de su tiempo; le pedí que los firmara porque consideré que por haber sido una persona que tan bien asimiló y recibió esa tradición de valores, por sus cualidades, por su coherencia en la fe y en sus principios, por su entrega desinteresada y cariñosa a los suyos, era la más adecuada para transmitirlos.

De una manera inesperada y sorpresiva encontramos el testamento de mi tatarabuelo Dn. Francisco Peyró Gramon.

Lo hallamos en el fondo de una caja fuerte, propiedad de mi tío materno, José Inés Peiro Orrantía. Su buen estado comprueba el cuidado y cariño que se puso en su conservación.

Poco antes, sólo unos meses, a finales de 1986, me había llegado la noticia de que “La casa” se había vendido.

En un instante, de repente, con gran rapidez, se me vino a la mente todo lo que sobre ella había oído y vivido.

A la vista del testamento, junto con la noticia de la venta, se me agolparon siglos y años, todo en un presente; la vida de mi familia está ahí: mi tatarabuelo, bisabuelo, abuelo, padres, tíos y hermanos, se me representaron en una sola época, como si todos hubiéramos vivido juntos simultáneamente sin sucesión alguna, sin años de por medio que dividiera las generaciones.

Este documento, me refiero al testamento, además del valor histórico que contiene, es una prueba clara de la unidad y amor que siempre hubo en la familia, nunca, a pesar de los años, se perdieron los valores familiares.

Todos: hijos, nietos, tíos, primos y sobrinos, tuvimos la suerte de tener junto a nosotros, miembros de las generaciones anteriores que nos los transmitieron de manera constante, sencilla y natural. Fue fruto del cariño que ellos a su vez, tuvieron por sus mayores.

Siempre oímos hablar de ellos, supimos quiénes eran, cómo se llamaban, qué hacían, hasta cómo habían sido sus rasgos físicos, y los lazos familiares que nos unían con cada una de esas personas cuyo recuerdo seguía latente, como si aún vivieran entre nosotros, siguieran habitando nuestra misma casa: "La casa" que seguía siendo la de ellos.

En una casa que ha sido construida y habitada por varias generaciones, se forman y fortalecen grandes valores.

A ella se vuelve siempre con el corazón, y la cabeza no nos permite nunca que nos desarraigemos ni alejemos del núcleo familiar.

Por ella revivimos y volvemos con alegría a nuestra niñez y juventud, encontramos con la imaginación a nuestros seres queridos que han partido ya; con facilidad los enmarcamos en el ambiente de "La casa"; no nos cuesta nada recordarlos en sus corredores, jardines y habitaciones, entre muebles y objetos que usaron y amaron, entre las plantas que sembraron y cuidaron.

Los vemos actuar, ir y venir, reír y llorar, o en momentos de tranquila intimidad familiar, reunidos en la sala, en la banqueta, o en cualquiera de los portales de "La casa", al caer la tarde; cambiando impresiones, compartiendo alegrías, recordando anécdotas y sucesos de parientes y vecinos.

O atareados después en sus quehaceres; ellas en los domésticos, ir de la cocina a la despensa, del comedor al



cuarto de la ropa, pasando por el portal, o batiendo nata en un recipiente sobre sus piernas para hacer mantequilla, en el jardín ante un montón de guayabas y membrillos por pelar, para hacer después jalea y cajeta. Otras veces junto al horno de ladrillo, metiendo carteras de pan; de marquesotes, de empanaditas y suspiros, coyotas o pinturitas, mestizas y semitas, de arepas y cochitos.

También ante aquellos cazos enormes de cobre, revolviendo cantidades inmensas de litros de leche para hacer jamoncillo y cajeta.

Organizando a los sirvientes que eran muchos, y compartiendo con ellos sus responsabilidades y trabajos.

Por eso “La casa” era la casa de todos. Fue para nosotros el cimiento familiar, lo que es para un gran árbol su raíz sana.

Fue construida por mi tatarabuelo, Don Francisco Peyró Gramon, en el siglo XVIII (en un dibujo a lápiz que conservamos firmado por un señor Alonso, aparece el portal de las hamacas como fachada principal). Ahí está la puerta de entrada, en el horizonte se ven más construcciones atrás de la casa, en el lugar que hoy está la capilla, no se ve nada de su construcción, por esto deducimos que fue edificada en el siglo XVIII porque en el altar de la capilla hay dos lápidas (una a cada lado) con la fecha de 1800, año en que se inició su construcción y la otra 1801, cuando se terminó).

En el testamento deja en herencia la Hacienda de Nuestra Señora de las Angustias, hoy Pericos, a su hijo Dn. Estanislao, mi bisabuelo, nacido ya él en esa misma casa, donde a su vez nacieron después sus hijos, entre ellos mi abuelo materno, Dn. Inés León Peiro. Mi abuelo construyó una nueva zona; agrega a “La casa” la parte alta, que no es un segundo piso, sino un nivel más alto, en la segunda mitad del siglo XIX, y la terminó en 1889.

Ahí, en esta misma casa, nacen todos los hijos de mi abuelo, entre ellos mi mamá.

Con esta construcción, la fachada principal, la entrada, se cambió; da ahora al Oriente. El zaguán es grande, alto, con cinco ventanas de rejas a cada lado; unas a la izquierda, las otras a la derecha, más dos que componen la esquina que se unen al portal de las hamacas.

En 1792 ya aparecen documentos de propiedad de la Hacienda de Nuestra Señora de las Angustias firmados por el Virrey de la Nueva España a favor de Dn. Francisco Peyró Gramon.

Las primeras personas que aparecen como origen de nuestra familia, son los señores José Peyró, que llegó de España, y su esposa Dña. Antonia Gramon, padres de mi tatarabuelo, a los cuales él mismo nombra en su testamento, y dice que vivían en la Villa de Moras, Jurisdicción de Sonora. Estas fechas datan del siglo XVIII.

Mi tatarabuelo, Dn. Francisco, fue un hombre cristiano y caritativo, según se deduce de su testamento.

Fundó la Hacienda de Nuestra Señora de las Angustias, hoy Pericos, en 1769.

Fue casado en primeras nupcias con Dña. Josefa Pérez, quien muere en 1795, dejando la cantidad de \$1,496.00 para invertir en la construcción de dicha capilla (según el referido testamento). Deseo que él cumplió.

Dña. Josefa fue vecina de la Villa de Cpirato, de la Jurisdicción de Sonora. En el siglo XVIII, los límites de los estados no eran como ahora, por eso lo que hoy es Sinaloa, pertenecía entonces a Sonora. De este matrimonio tuvo cuatro hijos: Dn. Francisco el mayor (que fue sacerdote), Dn. José Nieves, Dña. Juana, Dña. Jesús.

Don Francisco se casó por segunda vez con Dña. Ascensión Pérez de Mendoza, vecina de San Benito, de la Jurisdicción de Sinaloa. Tuvieron seis hijos: Dn. Estanislao (mi bisabuelo), Dn. Domingo, Dn. Máximo, Dña. Gumersinda, Dña. Hilaria (Ilaria), Dña. Anastacia.

Mi bisabuelo, Dn. Estanislao, se casó con Dña. Guadalupe Castro. Fueron sus hijos: Dn. Inés León (mi abuelo), Dn. Melesio (papá tío), Dña. Teófila (casada con Dn. Guillermo Retes), Dña. Guadalupe (casada con un Sr. Rosas).

Dn. Inés, mi abuelo, y su hermano mi tío Melesio (papá tío), se casaron con dos de las hijas de los Sres. Dn. Belén Orrantia y Dña. Luz Inzunza, de Mocerito, Sin. Mi abuelo con Dña. Rafaela, y mi papá tío con Dña. Isabel. Los hijos de mis abuelos Dn. Inés y Dña. Rafaela, fueron 8, vivieron sólo 6: Dña. Rafaela Peiro Orrantia (nina Falita, soltera), Dn. Francisco Peiro Orrantia (nino Francis, casado con Catalina Avilés Inzunza), Dña. Teófila Peiro Orrantia (casada con Gerardo Martínez de Castro), Dña. María Peiro Orrantia (mi mamá, casada con Dn. Antonio Canale Valenzuela), Dña. Ma. de Jesús Peiro Orrantia (soltera), Dn. José Peiro Orrantia (casado con María Urriolagoitia).

Mis tíos, Dn. Melesio Peiro y Dña. Isabel Orrantia, fueron los padres de Dña. Isabel Peiro Orrantia (soltera), Dn. Melesio Peiro Orrantia, Dn. Estanislao Peiro Orrantia, Dn. Luis Peiro Orrantia, Dña. Luz Peiro Orrantia (nina Chata), Dña. Elena Peiro Orrantia, Dña. Guadalupe Peiro Orrantia (tía Lupita, casada con el Dr. Jorge Rueda, colombiano).

No sabemos cuál fue la causa, ni la fecha en que el apellido Peyró pasó a ser Peiro. A finales del siglo XVIII y al principio del XIX aparece aún Peyró, nos consta por el testamento de mi tatarabuelo que está fechado en 182... (no se ve el último número) parece seis o uno.

Nosotros los Canale Peiro nacimos todos en "La casa"; uno o dos años vivimos en Hermosillo con la familia de mi papá (eran de allá). Después volvimos a Pericos. A nuestro regreso nació mi hermano menor en la misma casa.

Fuimos cuatro hijos (y los primeros nietos de papá Inés y mamá Fala): Jesús Antonio (Murió a los 19 años accidentalmente), Ma. Elvira (Yo), la Vía, Ma. Gila (La Linda), Rafael (Fay). Mis primos, los hijos de mi tía Teofí y de Gerardo Martínez de Castro son: Ricardo, Rafael, Inés (La Nena), Martha, Dora.

Ellos se fueron a vivir a Culiacán y después a México.

Cuando la Linda, mi hermana, y yo nos fuimos a estudiar a Culiacán al Colegio Guadalupano (hoy Montferrant), estuvimos internas, y otra larga temporada vivimos en casa de ellos, los Martínez de Castro Peiro.

Estos fueron mis padres, abuelos, bisabuelos, tíos, primos y hermanos, las personas que me vieron nacer y crecer, con las que conviví en mi niñez y juventud.

Supieron educarnos en un ambiente de cariño y fortaleza, respetaron muchísimo nuestra niñez, nunca contaban ante nosotros cosas desagradables que pudieran alterar o herir nuestra mente y afectividad infantil. Nos ayudaban a resolver las dificultades de manera positiva. Su reacción y conducta ante los problemas familiares fueron siempre serenas, prudentes, delicadas y con un sentido común muy grande.

Mi abuelo era un hombre apacible, de mediana estatura, trabajador, hogareño y alegre, que daba a "La Casa" un ambiente acogedor y cariñoso. Junto a él nos sentíamos seguros, felices y contentos de ser sus nietos. Fue muy cordial, justo, amante del orden y del respeto por los demás, querido por todos nosotros y por el mundo entero: parientes, vecinos, trabajadores y sirvientes.

Cuidó con esmero la unidad y el ambiente familiar, amaba a Dios y a la Sma. Virgen, fue respetuoso con las cosas de la Iglesia y del culto.

Lo tengo muy presente a las horas de las comidas, siempre se sentaba con saco de ponyí, una tela fresca y clara en el verano y de casimir en el invierno. Presidía la mesa, y desde la cabecera nos iba sirviendo los platos; había junto a él una mesita auxiliar con barrotes torneados donde estaba la loza y los cubiertos necesarios.

Quería mucho a Fay mi hermano, le decía mi Chapatón, y Quiticuti, en recuerdo de un gatito que así se llamaba y que andaba detrás de mi nina Rosita, pues el niño siempre quería

estar junto a él, sobre todo a la hora de la comida. Por eso se lo sentaba a su lado.

En ese entonces no había abanicos eléctricos, sino chumaceros, unos bastidores de madera con tela muy restirada que se jalaban para que dieran fresco. En el comedor había dos, uno a cada lado en las esquinas.

Nunca oía mi papá Inés, ni a ninguno otro de los tíos, expresarse mal de nadie, ni quejarse de las circunstancias adversas; calor, dificultades o problemas, que indudablemente tenían, y menos en las horas de comida, o en reuniones familiares. Se vivían y aceptaban estas cosas con naturalidad, y con un cierto señorío que nos hacía más agradable la vida.

Cuando yo tenía 13 años, en 1917, murió él de fiebre tifoidea, dejando en "La casa" un hueco muy grande. Tenía al morir 70 años (estuvo en cama casi un mes).

Al poco tiempo, unos veinte o treinta días más, muere también papá tío (su hermano Melesio), de tristeza o enfermedad, nunca se supo bien. Papá tío llegó montado en "La Coneja", la mula que él utilizaba, venía del campo ya inconsciente, con calentura después de un día más de trabajo.

Es muy notorio el cariño y confianza que siempre los unió; trabajaron juntos, se casaron con dos hermanas, hicieron sus casas una frente a la otra, tuvieron casi el mismo número de hijos, los cuales por tener esos lazos de sangre tan fuertes, llevaron una amistad y convivencia muy estrecha, se criaron todos juntos, crecieron y vivieron con el cariño de hermanos.

Junto a ellos, abuelos y tíos, están dos hermanas solteras de mi abuela materna, "mamá Fala", una era mi nina Rosita, y la otra mi chinita, le decíamos así por su pelo rizado, pero se llamaba Ma. de Jesús. Tías muy queridas por todos nosotros. En la "otra casa", así le decíamos a la casa de mi papá tío y mamá tía, vivía mi Pupa "Refugito", una tercera tía soltera, hermana también de mi abuela.

Este hecho de no dejarlas solas y de convivir tan integradas

a la familia por medio de un cariño y armonía grandes, es prueba de los valores que siempre se vivió entre mis mayores a pesar de los defectos y errores que podían tener.

Mi Pano era también hermana de mi mamá Fala. Se llamaba Carmela, estaba casada con Dn. Juan Pablo Pastor, vivía ahí mismo en Pericos en una casa cercana a la de mi mamá tía.

Mi tía Chonita Retes Peiro era prima hermana de mi mamá. Se casó con el Sr. Cosme Villaverde. La mamá de Chonita, Dña. Teófila Peiro, era hermana de mi papá Inés, mi abuelo.

Su casa estaba junto a "La casa", sus hijos y nosotros nos quisimos mucho, nuestros juegos de niños y diversiones de jóvenes fueron muy diversas, siempre las compartimos unos con los otros, ellos fueron Lupita, Gabriel, Mercedes (La Ché), Guillermo y Cosme.

Mi madre Luz (bisabuela materna, mamá de mi mamá Fala) a quien no conocí, estuvo siempre presente en las conversaciones familiares, por eso sabíamos que había vivido también en "La casa" junto con una hermana soltera, "Pupa". Mi abuelo acogió con cariño y naturalidad a estas dos ancianas que se merecían todo su respeto, cariño y consideración, una era su suegra y la otra tía de su esposa.

Mi nina Rosita influyó mucho en mi piedad. Me enseñó a tenerle devoción a San Miguel Arcángel, de quien era ella muy devota. Todos los años el 29 de septiembre le hacía una fiesta muy grande. Iluminaba la capilla con cachimbas, la adornaba con guirnaldas de flores de papel que hacíamos nosotras con ella, colgaba bombas (globos), traía la música, echaban cuetes y sobre todo, se celebraba la Santa Misa con gran solemnidad.

Tanto quería ella a San Miguel, y tanto la protegía él, que cuando en su última enfermedad, agonizando ya, se empezó a poner muy inquieta, todos rezábamos alrededor de su cama y la ayudábamos a bien morir, cuando otra tía le dijo a mi mamá Fala: "Rafaela, rézale a San Miguel"... Entonces le vino una gran paz y murió tranquila.

Nunca olvidé la oración que me enseñó a San Miguel, y que yo a mi vez le trasmití a mis hijos, dice así:

“San Miguel Arcángel, querido de Dios, todas las almas se encomiendan a Vos, yo ángel querido, os encomiendo la mía con este Padre Nuestro y con esta Ave María”. Amén.

Mi abuela mamá Fala nos inculcó la devoción a San Rafael, su Patrón. En el cuarto de nosotros, mientras fuimos niños, hubo siempre una pintura al óleo de este Arcángel, que Fay mi hermano nunca olvidó, pues él también lleva su nombre. Estaba un cromo de la Virgen del Perpetuo Socorro, a la que yo le cogí mucho cariño y devoción, tanto que a la Laurita, mi primer hija, le puse Ma. Laura del Socorro.

En Cuaresma teníamos la costumbre de ir a rezar el Viacrucis a la capilla, y durante el año de manera periódica íbamos a limpiarla con mis tías, costumbre que siguió en la familia, pues mis hijas y mis primas chicas también lo hacían después con nosotras.

La imagen que se venera es Nuestra Señora de las Angustias, durante años se conservó la original; una Virgen antigua con carita y manos de madera muy bonita, vestida de terciopelo morado, a la que cuidábamos y arreglábamos con mucho cariño.

Mi Rosita primero, y después mi nina Falita, nos enseñaron a hacer flores de papel que utilizábamos en floreros o guiraldas para la capilla. Desde octubre, junto con ellas, empezábamos a preparar coronas para nuestros familiares que ya habían muerto; el día dos de noviembre las llevábamos con respeto y cariño al camposanto, les rezábamos muchos rosarios y oraciones aprendidas de mis tías y de mi abuela.

Con ilusión esperábamos Navidad, por todo lo que estas fiestas llevan consigo, pero nos gustaba mucho poderles hacer a los niños pobres del pueblo la fiesta. Con ayuda de algunas personas, entre mis primas Villaverde y nosotras,

organizábamos todo: les adornábamos un árbol de Navidad muy grande que ponían frente de la capilla. Les repartíamos dulces, buñuelos y cantábamos las posadas.

Periódicamente venía de Mocorito algún sacerdote y permanecía durante alguna temporada. Aprovechábamos para confesarnos y asistir a misa con regularidad.

Había también devoción por el Escapulario del Carmen y la Medalla Milagrosa que nos imponían a todos desde chiquitos. Nunca faltaban las velas o cirios benditos que se prendían en situaciones difíciles: enfermedades graves, ciclones, crecientes del arroyo, etc.

Mi bisabuela paterna, abuela de mi papá, era escultora y vivía en Guaymas. Yo no la conocí, pero me hizo un Niño Dios de madera que yo acostaba en una canastilla con colchón, almohada y sabanitas bordadas por mí, le hacía también vestiditos y ropones que le cambiaba periódicamente. Siempre lo tuve en mi cuarto.

Cuando me casé lo traje y lo puse en el cuarto de mis hijos sobre una cómoda que había sido de mi suegro, Dn. Martín Careaga.

Desgraciadamente en una ocasión estalló una veladora, quemando muchos objetos que estaban sobre el mueble. De todas maneras lo seguí conservando. Después se lo di a Irma, mi sobrina, hija de Fay mi hermano, que lo sigue valorando, cuidando y arrojando con mucho cariño a pesar de estar tan desecho y quemado.

Mi bisabuela me había prometido hacerme los Tres Dulces Nombres (es decir la Sagrada Familia), pero murió antes y sólo alcanzó a mandarme el Niño.

Nos enseñaron a tener cariño por los trabajos de "La Casa" y a valorarlos. Tan pronto empezamos a crecer nos dieron un turno de semana, es decir, cada una de las mujeres, incluyendo a mi mamá y a mis tías, nos encargábamos de "La Casa" durante ocho días seguidos; fue así como fuimos

comprendiendo la trascendencia y alegría de las labores domésticas. Bordábamos mucho servilletas, manteles, toallitas para el uso de “La Casa”.

Algunos ratos en las tardes, sobre todo en tiempo de lluvias, nos sentábamos con la Chuy, mi tía, en las sillas del portal, y ella en voz alta nos leía *Las tardes de la Granja, María*, de Jorge Isaacs, o cualquier otra novela buena y entretenida propia de nuestra edad.

Jesús Antonio, mi hermano mayor, nos prestaba *Quo Vadis*, libro sobre los primeros cristianos, que él cuidaba y apreciaba mucho, o los de Julio Verne, pues tenía toda la colección.

Cuando estuvimos un poco más grandes nos empezamos a interesar por las novelas de misterio de Agatha Christi. Así fuimos cogiendo gusto por la lectura y conociendo algunos autores de interés.

También estaba *La Biblia*, era una edición grande, antigua, con ilustraciones muy bonitas y piadosas en blanco y negro. No la dejaban al alcance de los niños, se guardaba en el escritorio de mi papá Inés.

En estos ratos de lectura y de esparcimiento familiar, se echaban junto a nosotros los perritos que teníamos, se llamaban el Pito y el Tabaré, y se estaban ahí hasta que nos levantábamos.

A Fay siempre le gustaron mucho los animalitos, les tenía gran cariño. Había dos gatitos de él: el Quiticuti, y el Barcinito, y una gatita que nos duró muchos años, la Blanquita.

Junto a nosotros estuvo siempre nuestra nana, “La Tina”, se llamaba Agustina Rodríguez, fue parte de la familia. Al primero que cuidó fue a Inés, mi tío, el hijo menor de mis abuelos. Cuando mi mamá se casó, mi mamá Fala dispuso que nos cuidara, y se fue con nosotros a Hermosillo durante los años que pasamos allá. Nunca nos dejó y nos cuidó a todos. Cuando yo me casé se venía a Culiacán a pasar temporadas conmigo, le tocó cuidar a la Laurita, mi hija mayor. No se

podía hablar de “La casa”, ni de nuestra niñez y juventud sin pensar en ella, sin mencionarla, su persona y figura estuvo siempre unida a la familia. Murió siendo ya muy viejita.

Pasaron algunos años, Inés, mi tío, se casó con María Urriolagoitia, de Mazatlán, en 1922. Cuando sus hijos empezaron a nacer yo ya estaba grande. Cinco años después me casé. Sus hijos son: Aurora Luisa (Auro), Beatriz del Carmen (La Tichi), Graciela de Jesús, Irene, Martha Emilia, José Inés (Nechi).

El 25 de mayo de 1927 me casé con Pedro Rogelio Careaga Gama, de Mazatlán (el viejo). Vivimos en Culiacán los primeros años en casa de mi tía Luz Peiro Orrantia (La Chata), y de Juan Paliza, su esposo, hasta que nació nuestra primera hija.

Tuvimos tres hijos que fueron los primeros bisnietos de papá Inés y mamá Fala: Ma. Laura del Socorro (La Lauri), Ma. Elvira (La Villi), Pedro Antonio (Pedro).

La Linda, mi hermana (Ma. Gila), se casó con Manuel Bazán y tuvieron cuatro hijas: Ma. Gila (Tatá), Adria Ma. (La Bella), Rosa Elena, Emma Sofía (Mita).

Rafael (Fay) se casó con Carlota Ojeda (La Tita), en 1937. Son sus hijos: Nancy, Rafael (Manito), Irma Carlota, José Carlos (Ché Carlos).

Jesús Antonio, mi hermano mayor, murió a los 19 años en 1921. Fue accidentalmente en una cacería; mientras iba en camino, al brinco del carro se le disparó la escopeta hiriéndose en el hombro. Murió de hemorragia pues no se le pudo parar la sangre. Fue para la familia un golpe y una pena inmensas.

Francis, mi tío materno, casado con Catalina Avilés Inzunza, no tuvieron hijos.

Mis primos chicos, hijos de Inés, mi tío, coincidieron más en edad con mis hijos que nosotros los Canale Peiro.

Año tras año, al llegar las vacaciones en el mes de junio,

nos íbamos a Pericos a “La casa”; Pedro, mi esposo, nos acompañaba unos días y se regresaba a Culiacán, yo con los niños permanecíamos ahí hasta que terminaban las lluvias, los primeros días de octubre.

Casi siempre cuando llegábamos, ya estaban mis primas chicas, las Peiro, que venían de Mazatlán en donde estaban internas en el colegio, con sus tías maternas, las Urriolagoitia.

A Mazatlán también habían ido a estudiar mi mamá y sus hermanas, mis tías. Nosotros fuimos a Culiacán, pero antes nos había enseñado las primeras letras, lo más elemental, mi nina Ito (una señorita que era maestra de los niños de Pericos, y vivió mucho tiempo en “La casa” con nosotros). Mi papá Inés la había traído de Culiacán. Estuvo muy unida a la familia y todos la quisimos mucho. Se llamaba Refugio Medrano.

A mis hijos y a mis primos chicos les tocó vivir otra época de “La casa”. Ya no conocieron a mi abuelo papá Inés, ni a las tías viejitas; sí, a mi abuela, mamá Fala, que murió cuando ellos estaban aún muy chicos; fue en 1935.

Sin embargo supieron algunas cosas de él contadas por nosotros, como cuando nos llevaba de paseo a Pueblo Viejo, íbamos en un carruaje guiado por un cochero; a veces al pasar ante un plantío de sandías o calabazas, le pedía al mozo que se bajara y trajera de aquellos frutos. Cuando tenía en sus manos la sandía o la calabaza, la abría y veíamos dentro unos dulces o una moneda, dejándonos alegremente sorprendidos.

En una ocasión en que a Fay mi hermano no le tocó moneda ni dulces, dijo palmoteando: “Hijo, los pájaros nos la ganaron, que traigan otra” (y en esa otra ya había previsto meter algo). O de cuando nos ponía ciruelas secas de España en el arrayán del jardín, haciéndonos creer que eran frutos de ese árbol. Sólo cuando crecimos un poco más nos dimos cuenta del juego cariñoso del abuelo.

Supieron también de las temporadas en que mis tías viejitas se iban a Rancho Viejo en la época de ordeña, temporada en que en “La casa” comíamos requesón, suero salado, jocoque,

asaderas, cuajadas y quesos, de manera más frecuente.

Recordábamos delante de ellos la Mina de Los Cuates y las huertas de frutas que tenía mi papá Inés en la sierra. Algunas veces él y mi mamá Fala se iban unas semanas para allá a supervisar y cambiar de ambiente. Periódicamente bajaban arrieros con las mulas cargadas de orejones, manzanas, duraznos y alguna que otra fruta que no se da en tierra caliente.

Nos tocaba pues, hacer con ellos lo que antes nuestros mayores habían hecho con nosotros: cantarles en las tardes en el portal, sentados en las bancas de la banqueta o en la sobremesa, del pintor Cataño, que trajo mi papá Inés a pintar el portal y los cuartos de la parte alta, de cuándo él compró el juego de sala de mimbre que tenía en los respaldos unos guitarrones formados con el mismo mimbre. A donde encargó mi papá Inés la vajilla de porcelana con franja azul y dorado e iniciales de mi abuela, y que mi papá tío había encargado otra igual, pero en color rosa, para mi mamá tía.

Les hacíamos notar lo bien que estaban mis abuelos en las pinturas que les hizo el mismo pintor Cataño, y que siempre estuvieron puestas en la sala. O en la de mi nina Falita, en donde está muy joven aún, con sombrero y pluma, colgada en una pared del cuarto de la esquina.

Les contábamos que el Cristo grande que veían en el cuarto de Francis, mi tío, y de Catita (antes lo habían ocupado mis abuelos), lo había encargado mi papá Inés a Italia en un viaje que había hecho un sacerdote, amigo de la familia, el padre Valdez.

A partir de entonces se tuvo la costumbre piadosa de poner este Cristo en el lugar donde se velaban a los familiares que iban muriendo: papá Inés, mamá Fala, Jesús Antonio, mi hermano, y demás tíos, tías y parientes (el lugar que siempre se utilizó para esto fue el comedor grande de los arcos que da al portal interior de cantera).

Cuando murió mi mamá Fala, yo pedí el Cristo (ya estaba casada), pero la tradición del Cristo en la familia, fue la causa

por la cual no me lo dieron: aún faltamos muchos de los de “La casa” por morir, me dijeron...y yo comprendí.

Tenía mi nina Falita muchos objetos decorativos de porcelana: había a la entrada de su cuarto sobre la puerta, colgando un poco hacia abajo, tres pescados unidos por la cabeza de colores claros, sobre el tocador unos floreros, una botita azul verde con la punta enroscada hacia arriba, y un niño precioso acostadito de panza con la cabeza levantada, cogiendo una pilita, y sobre ésta, y alrededor de él, unos patos. Le decíamos el niño de los patos. Siempre nos gustó muchísimo y lo cuidamos con gran cariño. En algunas ocasiones ella nos lo bajaba de la repisa en donde lo tenía (bajo la imagen del Sagrado Corazón que presidía su cuarto) y lo ponía sobre la cama para que lo vieran y jugaran con él los niños. Al morir se lo dejó a la Villi, mi hija. También le dio su rosario de concha nácar y un relicario de oro con su cadena o torzal.

Había dos perros de fierro de tamaño mediano; uno era una alcancía, y el otro un cascanueces que al jalársele la cola abría el hocico, se le volvía a jalar y cerraba el hocico rompiendo la nuez que le poníamos dentro.

Un caballo de porcelana que tenía Francis y después se lo dio a Fay. Un tintero de metal, decorado con un tronco y dos niditos, en los niditos se ponía la tinta, eran los depósitos, en el tronco se apoyaban los niditos.

Mi mamá tenía un botellón de porcelana, regalo de bodas, y el tapón era una cabeza de payaso, nos divertía verlo.

Me gustaban muchos dos jarrones de porcelana verde y café que siempre estuvieron sobre el piano de la sala. En esta sala había un juego de muebles austriacos negros, de mimbre, que después pasaron al portal de cantera.

De estos objetos, unos se perdieron o quebraron, otros se conservan.

Entre algunas cosas comunes y corrientes pero de valor efectivo, que mi mamá Fala me dio al casarme, fue una

maceta de barro grueso verde, mediana, que tiene dos asitas labradas a cada lado; en ésta estaba sembrado un lirio japonés blanco (la flor es muy olorosa en forma de estrella), se da en vástago, estaba entre las que tenía ella en el portal. Han pasado sesenta años y se sigue conservando tanto la maceta como la planta que aún florece.

Una de las cosas que disfrutamos mucho la familia entera, fue el automóvil "Buick" que compró, Inés, mi tío, alrededor de 1914. Salíamos en él al campo, nos paseábamos y retratábamos dentro, o junto al volante, como que lo estábamos manejando. Fue además de gran utilidad en todo sentido para el negocio y la familia. Parece que fue el primero en Sinaloa.

Los trabajadores y sirvientes tenían un lugar muy importante en "La casa", de manera especial Chayo Hernández, hombre ya maduro pero que había llegado cuando era sólo un niño de doce años. Mi mamá Fala lo trajo de la sierra en donde había nacido. Creció y se integró completamente a la familia, supo de nuestras penas y alegrías; fue vaquero, jardinero, organizaba y vigilaba a los demás trabajadores, sabía el teje y maneje de la casa: barría el jardín, el patio y la banqueta, traía a las vacas tarde tras tarde de la fábrica al corral de la casa, las ordeñaba y cuidaba a los niños en sus juegos de una manera discreta. Siempre estuvo con nosotros. A la hora de la siesta se sentaba en la banca que estaba frente al zaguán de la entrada principal, y en las tardes temprano en las bancas de la esquina de la banqueta. Era callado, responsable, constante y trabajador, leal a la familia.

La Lute (Eleuteria) fue primero y por mucho tiempo, nana de mis primos chicos, y después cocinera de Catita. Vivía con su familia en una casa con techo de palma pegada a la de nosotros. Quiso muchísimo a los niños, de manera especial a los tres últimos; con mis hijos fue también muy cariñosa.

La Cruz ayudaba en la cocina junto con la Chayo Ruiz. La Goyita era una indita maya, sumamente reservada y discreta. Fue recamarera de mi nina Falita.



La Vicenta fue cocinera de Inés, mi tío, y de María por muchos años. La Nana Tachita, había sido recamarera de mi nina Rosita, se quedó en la casa cuando ella murió y fue recamarera de Catita.

La ropa siempre se lavó fuera, venían lavanderas por ella y la entregaban ya limpia los jueves. Mientras fuimos niños la Chica y la Laya, esposa de Chebo Barrancas le lavaba a mi mamá. Después la Ciega (así era su sobrenombre) le lavaba a María.

Rosita Ramos (Loli), así le decíamos por cariño, era de Culiacán, y trabajó durante muchísimos años con mis tíos en la oficina y vivió siempre en "La casa"; fue muy amiga de la Chuy, mi tía; cuando ella murió Rosita lo sintió enormemente pues perdió una gran compañera. Rosita fue una de esas personas que estuvieron integradas a la familia conviviendo amablemente con todos nosotros. Fue muy educada, respetuosa, prudente. Después se volvió a Culiacán con su hermana que ahí vivía.

La Adelita nos cosía, iba durante la semana. Con el tiempo aprendí a coser yo, los primeros vestidos se los hacía a la Elena, una niña hija de la Adelaida, la cocinera, que siempre estuvo con mi mamá Fala; su esposo era Crispín Mazo. Ella, la Elena, y sus hermanos, el Cuito y el Coya, crecieron y jugaron con nosotros.

Todos fueron personas integradas a la familia, respetuosas y alegres, hacían sus trabajos con responsabilidad y sencillez, con cariño y señorío, contentas de lo que desempeñaban. Casi siempre se quedaban por años, o habían estado desde niños en "La casa".

Recibieron también de nosotros, y después de mis hijos y primos chicos, respeto y agradecimiento; nos enseñaron a quererlos y a valorar su trabajo; siempre los tratamos con educación, naturalidad y consideración.

"La casa", fresca, agradable y amablemente acogedora seguía igual, sólo con algunas modificaciones que lógicamente se dieron al morir unos, al casarse otros.

La parte de abajo, en 1922, cuando se casó Inés, mi tío, se le cambió el piso del portal que era de ladrillo, y se le puso de cemento.

El cuarto más grande de la zona que había sido de Jesús Antonio, mi hermano mayor, pasó a ser el de Inés y María su esposa. La recámara, habitación donde mis hermanos y yo nacimos, se convirtió en la sala de ellos, y la que siempre, desde antes, había sido la sala familiar, pasó a ser dormitorio de mis primos chicos. Tenía dos ventanas al portal de las hamacas, y otras al portal de abajo con su puerta correspondiente; las paredes estaban tapizadas y era la habitación más amplia de "La casa". Mientras fui chica estuvo siempre ahí el piano de mi nina Falita; un piano europeo de marca "Pleyel" que mi abuelo le compró en Estados Unidos (después, al morir mi nina, me lo heredó a mí) y una pintura hecha y firmada por ella, de un paisaje invernal con una zorra atrapada en una trampa, viendo a un pájaro.

El cuarto que había sido de la ropa, lugar donde se planchaba, cosía y zurcía, se guardaban sábanas, almohadas, cobijas, etc., se convirtió entonces en el comedor. El lugar abierto que servía de paso al corral y que tenía al fondo a mano izquierda dos cuartitos, se convirtió en la cocina y despensa de María, arreglándolo y adaptándole lo necesario. A continuación, al lado izquierdo, estaba el baño de noria, y después la cochera donde en años anteriores se guardaban los carruajes (guayines), y después el automóvil; éste quedó convertido en un baño grande con todos los artefactos: "baño completo".

Todos los cuartos en general tenían ventanas hacia afuera y puertas al interior, a los portales, excepto el comedor que era abierto con dos arcos grandes altos, por eso siempre había ventilación cruzada.

Las ventanas eran grandes con reja y poyete; un poyete hecho a propósito para poderse sentar en ellos con comodidad, persianas y puertas de cedro. Las puertas de las ventanas tenían cuatro hojas para que se pudieran cerrar de la parte de abajo y dejar abierta la mitad hacia arriba y entrara suficiente aire.

Las puertas de entrada a los cuartos que daban a los diferentes portales, tenían postigos y unos picaportes de bronce labrados muy bonitos (los del portal de abajo no tenían postigos).

Las paredes del portal y de los cuartos de la zona alta, la que había hecho mi papá Inés, estaban pintadas al óleo con motivos agrícolas; magueyes, arados, etc., enmarcados en un marco con rosas. En el zaguán dos murales muy grandes, uno a cada lado: La Industria y La Agricultura como símbolos de las fuentes de trabajo que sostenía a la familia. Los cuartos tenían recuadros y zoclos pintados en tonos sepia.

Cada zona, tanto la de abajo como la de la parte alta, tenían su portal correspondiente. El de arriba era de cantera muy amplio, con pilares de fierro y seis arcos. Enmarcados en el primero estaban los escalones que bajan al portal de cemento, y el resto miraban hacia el jardín de lajas.

Al terminarse el piso de cantera había una división de madera, en donde se prolongaba el portal, pero esa parte era distinta: empezaba el piso de cemento, y el pilar que la sostenía era de ébano. Junto a esta división estaba el baño, con la puerta hacia el portal de cantera. Era una habitación muy grande con dos ventanas hacia afuera. Tenía una tina blanca de baño y una regadera, abajo de ésta había una tarima de madera para no pisar directamente el suelo, en una esquina del cuarto otra tarima con dos sillitas de madera con brazos, para secarnos al salir del baño.

En medio de la casa estaban el jardín y el patio, divididos uno del otro por un corral chico, donde siempre había gallinas y patos, pollitos y patitos; una temporada tuvimos venaditos: la Daysi y el Miki. En el jardín había unas pilitas o aljibes chiquitos en donde se recogía el agua de lluvia. Después se ocuparon para crear cuyitos.

Al fondo del jardín estaba el cuarto de fotografía de mi nina Falita: una habitación equipada para revelar, y al fondo del patio, un zaguán alto y fuerte que comunicaba al corral y al establo.



Entre el jardín y el patio, junto al gallinerito, había un cuarto con piso de ladrillo, cubierto con una enredadera, un jazmín muy oloroso que se daba en ramilletes, olía a miel y perfumaba todo el ambiente. Tenía este cuarto un portalito que daba al frente de las dos ventanas del baño del portal, una reja grande hacia el jardín. Ahí, en ese cuartito, mi nina Falita tenía una hamaca de seda, y dormía la siesta, había baúles y un ropero donde guardaba algunas cosas personales: vestidos antiguos, álbumes de fotos, correspondencia, etc.

Junto al patio estaba la cocina, un lugar muy amplio y abierto con techo altísimo y un arco enorme (esta cocina fue la original y siguió siendo la de Catita). Había una estufa de leña, poyetes para el metate, el molino de nixtamal (se torteaba tres veces al día para cada comida) y el molcajete; muchos cazos de cobre, palas de madera gruesa y largas para revolver la cajeta, el dulce de guayaba o membrillo, y el jamoncillo. Una mesa muy grande donde se sentaban a comer Chayo Hernández, la Lute, la Cruz, nana Tachita, etc.

Entre el horno de ladrillo y la cocina, había una pila, o aljibe muy hondo, tenía una pared alta que evitaba ver el nivel del agua. En tiempos de lluvias se llenaba hasta los bordes y caía hacia abajo como cascada; los niños, y antes nosotros, se paraban debajo y junto a ella para mojarse y chapotear.

Frente a la cocina había un árbol muy grande y viejo, una jacaranda lila, ahí colgaban a los animales de caza o a los pescados antes de destazarlos, y ponían a secar la carne para después machacarla. Junto a la jacaranda había un laurel de la India.

Entre los portales y el jardín había un lugar o espacio por donde transitaban los sirvientes de la cocina al corral, o a otras partes; al espacio entre el portal de cantera y el jardín de lajas, le decíamos el “caño”, porque por ahí corría el agua cuando llovía y se metía por un desagüe muy grande que iba a dar a la calle.

Alrededor de la casa, al frente de la fachada principal, estaba la banqueta con el piso de laja y cerrada con una verja de

alambrón fuerte entretejido y sostenida por pilares de fierro. Cogiendo todo el frente de la casa, había varios árboles grandes, "venadillos", que daban sombra y hacían más fresco el ambiente. Frente al zaguán estaba una banca de madera como las de las plazuelas, y en la esquina donde terminaba la banqueta mirando hacia el llano, dos bancas más grandes adonde todas las tardes salíamos a sentarnos a platicar. La banqueta formaba parte de "La casa", era un lugar de reunión familiar por el que no podían transitar las personas que pasaban por el frente, pues lo evitaba la verja.

En la fachada lateral se veían dos ventanas que correspondían a cuartos de la parte alta. Una era del cuarto de la Chuy, mi tía, y el otro el cuarto de mi nina Falita. Entre estas dos ventanas estaba sembrado un iglanilán (enredadera filipina) que se reprodujo mucho en Sinaloa. Su aroma entraba hasta el interior de la casa perfumando el portal. Abajo de estas ventanas había un jardincito con dos palmas, una limonaria, una sobre la montaña, y en la esquina, el empezar el portal de las hamacas, una enredadera muy grande, "bandera", que daba flores rojas y blancas en ramilletes (las rojas en el día son rosas y en la noche coloradas). El conjunto de todas estas plantas daban a la fachada un toque alegre y fresco.

A continuación, el portal de las hamacas con su piso de cantera, techo de vigas como el resto de la casa, seis ventanas de reja y una puerta de entrada. Al final del portal había otro jardincito hundido (bajábamos a él por unos escalones) y daba a él la ventana que correspondía al comedor de Inés y María, lo que antes había sido el cuarto de ropa, ahí estaba sembrado un plúmbago.

Cada ventana correspondía a los distintos cuartos de la casa. En la fachada principal, mirándola de frente de izquierda a derecha, estaba la primera que correspondía al cuarto de la esquina (de la Chuy), la segunda, la de mis abuelos, que después pasó a ser de Francis y Catita, las dos siguientes correspondían al comedor original de los arcos, luego la del cuarto de huéspedes, el zaguán y después la reja del cuarto de los solteros (primero fue de Inés, mi tío, luego de Jesús

Antonio, mi hermano y al final de Fay). La que le seguía era del cuarto del tío Molina, Dn. José Molina. Este señor llegó a “La casa” a trabajar en la construcción de una de las chimeneas de la fábrica, era ingeniero y vivió una temporada muy larga con la familia, divertía a los niños recortando muñequitos de papel, los ponía sobre un cristal, los friccionaba por debajo y los muñecos se levantaban y brincaban. Volvió a México de donde era, y en una ocasión que iba de paso a la sierra, se alojó en “La casa”, y esa noche murió del corazón en el cuarto que antes él había ocupado.

La siguiente ventana era la del cuarto que había pertenecido a mis dos tías viejitas: “Mi Rosita y mi Chinita”, que después se habilitó para más huéspedes (pues siempre había muchos). Enseguida, la del penúltimo, era donde Catita tenía un refrigerador de gas y algunas cosas que facilitaban el servicio de la mesa, antes había sido sólo un lugar de paso. La última correspondía al cuarto de piso de ladrillo (muy fresco) donde Francis, mi tío, tenía una hamaca, un aguamanil, y un ropero. Ahí dormía él la siesta. Antes había sido el de mi madre Luz y mi Pupa grande.

De frente, mirando hacia el portal, dos cuartos que por estar situados así, no tenían ventana hacia la banqueta. Eran la bodega y la despensa. En la bodega se guardaban cosas de la limpieza, productos, aparatos, etc. En la despensa los comestibles, había cajas con pan, moldes con cajeta, etc. Una alacena y una alambra.

Detrás de la división de madera, en donde empezaba la prolongación del portal con el piso de cemento, entrando a mano izquierda, había un juego de sala con asientos de mimbre, y dos esquineros de madera finitos altos, con un florero de porcelana blanco con un paisaje invernal. Después en el mismo portal, el comedor de Francis y Catita. Este portal tenía dos arcos que daban al patio, cerrados con un pequeño barandal bajito de madera que protegía el paso de los animales domésticos, junto al barandal muchas macetas y matas. A continuación, saliendo por uno de los arcos, el que estaba junto a la despensa, llegábamos a la cocina grande.

Volviendo a la despensa, era una habitación con mucha luz y con una temperatura adecuada, muy fresca, que ayudaba a que se conservaran los alimentos en buen estado por un largo tiempo a pesar del calor. Había en la casa una destiladera con una piedra grande en donde se ponía el agua para que se filtrara, caía en una olla de barro grueso, tapada con un plato de peltre agujerado, a donde iba a dar el agua gota a gota, haciendo de este ruido, algo muy familiar; estaban tanto la piedra como la olla dentro de un mueble de madera cubierto con un enrejadito de persiana.

Dentro de este ambiente y de este marco externo, lo que realmente contribuía al bienestar familiar, era la unidad, el respeto y la armonía que siempre existió en "La casa". Estaba tan arraigado y tan bien cimentado que ni con la llegada de María y Catita, esposas de mis tíos, se alteró.

Mi mamá Fala, dueña por derecho de "La Casa", y cabeza de la familia desde que murió mi papá Inés, les dio su lugar como esposas de cada uno de sus hijos, pasando ella y sus hijas, con naturalidad y sencillez a otro lugar.

Desde entonces se suprimió el comedor común que estaba en el portal de cantera (el de los arcos); cada familia tuvo el suyo, se dividieron las responsabilidades por razón de orden y funcionamiento, pero no se separó la familia; seguíamos siendo una sola.

Ellas aceptaron y se integraron por completo a la situación familiar, supieron estar en su lugar con su autoridad correspondiente, respetando y manteniendo la unión con que se encontraron al llegar. Fueron dos hijas más para mi abuela, unas hermanas para sus cuñadas, mis tías, y unas grandes amigas y compañeras para nosotros.

A pesar de ser tan distintas entre sí, y las dos con caracteres fuertes, nunca hubo desavenencias, malos entendidos, ni resentimientos que empañara la armonía que mantuvieron durante los largos años de convivencia.

A nuestra llegada en el verano, la vida en "La casa" seguía

su curso, no había cambio alguno, pero para mis hijos y mis primos chicos todo era novedad; convivir con los tíos, con los sirvientes, y la gente del pueblo.

Disfrutaban ver llegar en las tardes al niño que entregaba el pan (pues ya para entonces no se hacía en la casa) con la canasta llena de fruta de horno; pan de huevo, puchas, mestizas o semitas, tacuarines y coricos.

Ver a la caída de la tarde la llegada de las vacas que traía Chayo Hernández desde la fábrica al corral de "La casa"... yéndose a tomar un raspado con Chinto que los hacía de rosa, leche, piña y vainilla.

Pasaban muchos ratos del día en el portal de las hamacas, meciéndose en ellas, jugando, entrando y saliendo a los jardincitos que estaban a los lados.

Desde las bancas de la esquina de la banqueta esperaban a Fay, mi hermano, que siempre volvía del campo al ponerse el sol, montado en su macho café oscuro; gozaban cuando lo veían dar la vuelta y entrar al llano. Desde ahí veían también a mis tíos salir de la oficina.

Al mediodía estaban pendientes de la llegada de Inés, mi tío, a comer. Desde que entraba al portal empezaba a palmear las manos para indicar que ya estaba ahí, y oírle en la noche decir antes de la cena: María... qué hay para la leche... (es decir, con qué vamos a acompañar hoy la leche... con cajeta, capomos, o sayas... o con qué). Frase muy festejada por ellos.

No les hacía falta cosas extraordinarias para estar contentos. Eran felices con las cosas sencillas de la vida familiar. Con las sobremesas en donde tantas cosas oían contar (como antes nosotros), mientras mi mamá Fala, primero, y después mi nina Falita, desmenuzaban pedazos de tortilla para después llevárselos a los patos y pollitos del corral.

Los mayores los queríamos mucho. Francis, mi tío, aunque salía cansado de trabajar y siempre tuvo muy delicados los pies, se los llevaba al campo caminando. Volvían contentos

trayendo nanchis, bebelamas o manzanitas silvestres. Algunas veces se iban hasta Retes, la estación de ferrocarril, en carrito de mulas cuando el arroyo no estaba crecido, pues entonces era imposible pasar.

Lupita Peiro, mi tía, algunas mañanas frescas, antes de que amaneciera, venía por ellos para que vieran salir el sol, disfrutaran del campo recién llovido, y cortaran flores y colas de zorro para hacer floreros.

Dos tardes a la semana, Inés, mi tío, les mandaba ensillar los caballos. Desde muy chicos aprendieron a montar, tenían destinado un caballo para cada uno, que ya reconocían. Nunca se iban solos, los acompañaba un mozo de confianza que corría detrás de ellos. Algunas veces nos íbamos nosotros los grandes también en carrito de mulas, siguiéndolos en su paseo por el campo llovido, entre flores silvestres; retamos amarillos, coronitas rosas, sanmiguelitos lilas, alcajeces y lágrimas de la Virgen.

Al volver, cansados de galopar y trotar, encontraban en la casa un refresco o sangría muy helados. Otras tardes más tranquilas se paseaban en bicicleta por el llano, amigablemente se las turnaban.

Cuando se bajaban los cazos de cobre de donde estaban colgados para hacer cajeta o jamoncillo, daban vueltas continuas a la cocina hasta que se hacía el dulce y se desocupaban los cazos. Entonces les gustaba comerse lo que quedaba amelcochado pegado en el borde, y en las palas de madera.

Se daban cuenta cuando la Lute empezaba a hacer tamales de elote salados y dulces, de puerco, de garbanzo o frijol.

La antigua cocina fue un lugar muy atractivo para ellos, pues de ahí seguían saliendo como antes los dulces familiares: el arroz de leche con canela molida encima, los chongos y el zorrillo de leche cortada, la jericalla y las soletas, el turrón de cacahuate hecho con miel de abeja y clara de huevos, la torta de garbanzo con azúcar dorada y mantequilla; la capirozada en Cuaresma y las torrejitas de masa con miel de caña.

La comida era la de siempre, la común y corriente de toda familia; para el desayuno las gorditas de chilorio o asientos, las sopitas de tomate, chorizo o mantequilla, las tortillas con chicharrones, la rellena, el hígado, huevos y cabeza, etc.

Al mediodía: el caldillo, la cazuela, etc. El colachi, el chile de queso, la carne machacada, los mochomos y el chuchito mojado salían en las cenas. Pero en “La casa” tenían un sabor especial, quizá por el ambiente de bienestar familiar que nos rodeaba. Mi nina Falita de vez en cuando les hacía unas empanaditas de picadillo de pollo fritas con azúcar, que les gustaban muchísimo, o un pastel con los mismos ingredientes para variarles la presentación.

Al mediodía, a la hora de la siesta, era para ellos un momento especial... “La casa” cogía un ambiente de misterioso silencio muy propicio para hacer travesuras: subirse a los árboles, cortar mangos verdes, espiar pajaritos en los nidos, corretear a los patos y gallinas... Los adultos dormían... Mi nina Falita, después de la siesta, rezaba, se recogía en su cuarto, se sentaba en la poltrona... Ya sabían ellos que no tenían que interrumpirla, ni hacer ruido que pudiera molestar. Por eso se iban al jardín donde había un naranjo, un chico, un mango, varias flores, entre ellas muchas mosquetas y jazmines muy olorosas, un obelisco rojo y la enredadera de espárrago.

Las tardes de lluvias, de aguaceros fuertes, era fiesta para ellos. Salían a la banqueta, corrían por el jardín y el patio, se ponían bajo el aljibe y los chorros que caían desde la azotea para que les cayera con fuerza el agua, seguían después descalzos, chapoteando en los charcos.

Cuando oían que el arroyo estaba llegando sobre el cauce vacío y ancho, iban hasta la orilla para ver el agua: “la cabeza” llena de espuma que iba avanzando hasta llegar a los bordes, a la orilla.

En octubre, al terminar las aguas, mis primas volvían a Mazatlán y nosotros a Culiacán en el troquesito azul de la casa.

Les costaba mucho salir, despedirse de todos: de los sirvientes, de los tíos, que iban a la banqueta y no se metían hasta que nos perdían de vista después de atravesar el llano.

Nosotros nos veníamos con la figura de ellos en nuestra mente diciéndonos adiós... nina Falita, nino Francis, mi mamá, Inés, María y Catita.

Así fue año tras año... Fueron creciendo, las cosas iban cambiando; estudios, traslados de mis primas a Culiacán, trabajo en la ciudad. Fay y su familia también se vinieron. Mi nina y mi mamá pasaban temporadas conmigo en Culiacán.

“La casa” la frecuentábamos de otra manera; las vacaciones las empezaron a compartir con amigas y amigos. En el portal de las hamacas se cambiaron los juegos de niños por canciones y guitarras. La victrola de manija que se le daba cuerda con la mano, y que tanto la habíamos usado nosotros, les empezó a gustar mucho más... Las noches, sobre todo las de luna, eran serenas; las contemplaban sentados en los escalones del portal de las hamacas, platicando, cantando, cambiando impresiones.

Fueron mis hijos y mis primos chicos, la última generación, los últimos niños que vivieron en “La casa”; que supieron como nosotros, quiénes habían sido sus antepasados, que crecieron bajo su techo, entre sus muros, que los arropó el ambiente familiar impregnado aún de la presencia y recuerdo de sus mayores.

Los últimos que corrieron por sus patios y portales, que disfrutaron del jardín y del establo, de los paseos familiares, de las comidas y columpios bajo los capules de la fábrica, de las machinas sobre los rieles entre los plantíos de henequén; de las hamacas, de las idas a Capirato y a Punta Arenas.

Que vieron y usaron lámparas de petróleo, refrigeradores de gas, aguamaniles con pichel, palangana y balde de porcelana, que durmieron en las camas de fierro y latón cubiertas con pabellones de tul para evitar los moscos, que se pasearon en los guayines (carruajes) y carritos de mula de “La casa”.

Que supieron de las esperas llenas de curiosidad y ansiedad, después de que mis tíos y Fay, mi hermano, se iban de cacería o de pesca, les gustaba saber si iban a traer venados, conejos o liebres, caguamas o pescado, y verlos después colgados en la jacaranda para ser destazados.

Que presenciaron las matanzas de puercos en el corral, y vieron cómo se hacía el chorizo, los chicharrones, carnitas y asientos. Que comieron sayas, capomos, aguamas y nanchis, que tanto ya antes habían comido y gustado mis abuelos y tíos. Que tomaron la leche recién ordeñada, requesón, cuajada y asaderas frescas del día, jocoque.

Los hijos de Fay, mi hermano, eran mucho más chicos que los míos, pero compartieron también estas cosas; les tocó conocer a mi nina Falita, nino Francis, tía Lupita, tía Inés y Mimía (así le decían ellos a María Urriolagoitia)... los quisieron mucho, su casa estaba al frente de "La casa".

A todos ellos, de manera simultánea, les tocó vivir dos épocas; la de la ciudad, con luz, carros, cine, abanicos y refrigeradores eléctricos, aviones, etc. Y la de la hacienda, que aún se conservaba en esos años en "La casa".

Por eso al venderla, se entregó con ella toda una historia familiar que no conoce el nuevo dueño que la recibió.

A él no le dicen nada sus portales y jardines. Sólo ve cuartos vacíos, corredores silenciosos, paredes gruesas y mudas, techos altos inalcanzables, puertas cerradas que nada resguardan. Para él no es "La casa", sino una antigua casa que agregó a sus propiedades.

Pasé por el frente, me paré ante el zaguán, busqué una hendidura por donde asomarme.

Todo estaba oscuro, me topé con un muro de bloques grises y ásperos que han levantado detrás del zaguán, impidiéndome ver hacia dentro, hacia el fondo... Volví a intentar, busqué un pequeño agujero, una nueva rendija que me diera luz... No logré divisar, ni de lejos, ningún objeto... ningún árbol de

viejas raíces... ningún grueso pilar.

La vi lejana y fría... vacía... percibí un resentimiento, un cierto reproche materno ante la realidad...

El zaguán está cerrado... Se vendió la casa... se cerró el zaguán...

No habrá ya nadie que pueda llegar a su interior, ni penetrar al núcleo familiar del que tantos valores recibimos nosotros, los cuales conservamos dentro influyendo aún en nuestras vidas, iluminando nuestro actuar.

Me quedé fuera observando la fachada exterior, como las próximas generaciones que tampoco podrán entrar...

Empezarán partiendo de ellos mismos, sembrando nuevas raíces, abriendo otros senderos... con la mirada hacia el exterior, buscando en otros lugares aquellos valores...

Pues han levantado un muro detrás del viejo zaguán...

Un muro de bloques ásperos y grises... sin peso... sin cimiento alguno... Un muro detrás del viejo zaguán.

Mis abuelos



Doña Rafaela Orrantia Inzunza, (mamá Fala) esposa de Don Inés León Peiro Castro.



Don Inés León Castro. (papá Inés) padre de don José Inés Peiro Orrantia, fundador de la industria del hehequén.

Sus hijas (Mis tías y mi mamá)

Rafaela Peiro Orrantia, (Falita) hija de don Inés León Peiro Castro.



Teófila Peiro Orrantia, hermana de Rafaela, casó con Gerardo Martínez de Castro.



María de Jesús Peiro Orrantia, la menor de las mujeres.



Doña María Peiro Orrantia de Canale, hija de don Inés León Peiro y de doña Rafaela Orrantia Inzunza.



Sus hijos (Mis tíos)



Francisco,
hermano de
José Inés.

José Inés Peiro
Orrantia, hijo de Don
Inés Peiro Castro.



Rafaela Peiro Orrantia, hija
de Don Inés León Peiro Castro
y Carmelita Cepeda.



Rafael Canale Peiro a la edad
de 2 años en el jardín de la
casa.



En la sala de la casa al frente con una
mandolina, Rafaela Peiro Orrantia;
de pie atrás recargada sobre el piano,
Teófila Peiro Orrantia y sentada con
el libro, Luz Peiro Orrantia, hija de
don Melesio Peiro Castro, a la derecha
con una paleta de pintura su amiga
Lolita Cepeda.

Anexo*

Otros datos y hechos históricos

V

La capilla de la Hacienda de Nuestra Señora de las Angustias

“Dn. Francisco Peyró Gramon fue un hombre cristiano y caritativo, según se deduce de su testamento. Fundó la Hacienda de Nuestra Señora de las Angustias, hoy Pericos, en 1769.

Fue casado en primeras nupcias con doña Josefa Pérez, quien muere en 1795, dejando la cantidad de 1,496.00 pesos

* Textos tomados de: Catálogo del Archivo de la Familia Peiro. Universidad Panamericana y el Colegio de Sinaloa. Diciembre 2000

PERICOS: Tradición Oral. El Colegio de Sinaloa, 2000. “Historia y remembranzas del pueblo de Pericos” por José Inés Peiro Urriolagoitia.

“Tradición Oral. Origen de Pericos” por Rafael Canale Peiro.

“La Casa: Aquello que los años dejan”. María Elvira Careaga Canale.

Fotografías del Archivo de la Familia Peiro.



La capilla de la hacienda de Nuestra Señora de las Angustias.

para invertir en la construcción de la capilla. Deseo que él cumpliero...”

En el testamento de Dn. Francisco Peyró se consagra lo siguiente:

“... y habiendo fallecido mi mujer el año de mil setecientos noventa y cinco, hice inventario de los bienes y caudal que había existente...”

“...del quinto que se rebajaron se invirtieron en la fábrica de la Capilla de la Hacienda como lo dispuso la difunta y fue con lo que se empezó aquella... (cláusula 4ta.)”.

“En la cláusula 6ta. dice: Del quinto de mis bienes mando se finque una capellanía laya o de patrimonio de seis mil pesos para que con el rédito de ella se diga misa en la Capilla de mi Hacienda de Ntra. Señora de las Angustias todos los días festivos si se pudiere a lo menos cada quince días y que sirva para dar culto a Dios y explicar la doctrina cristiana y demás, la cual quiero que disfrute mi hijo Dn. Francisco Peyró(1) y en defecto de este otro de mis hijos eclesiástico si lo hubiere siguiendo la mayoreadad y en falta de estos el pariente más inmediato que sea eclesiástico que señale el Ilmo. Señor Obispo de aquella Diócesis...”

“Su hijo mayor Dn. Francisco Peyró Pérez fue sacerdote. Hace Don Francisco Peyró Gramon en su testamento una profesión de fe y deja señaladas misas que se han de celebrar en sufragio por el eterno descanso de su alma, es interesante ver que en



Se empezó a construir a finales del siglo XVIII en 1800 y se terminó en el año de 1802.

el altar del perdón de la Catedral de México, en el Convento de Guadalupe de Zacatecas y en su Hacienda, en la capilla de su Hacienda de Nuestra Señora de las Angustias se hace posible por su hijo el presbítero Francisco Peyró, bien se entiende que él haya pensado que se celebraran misas en la Capilla de su Hacienda, se entiende incluso que haya establecido que se celebraran misas en el Altar de la Capilla de Nuestra Señora del Perdón en la Ciudad de México, porque éste casi era por antonomasia el Altar de misas de Difuntos de personajes distinguidos de toda la República, por eso se llama el Altar del Perdón, pero que haya establecido que se celebraran misas en el Convento de Guadalupe de Zacatecas, este convento es uno de los conventos franciscanos, o el convento franciscano más importante de la zona centro-norte de la República y quizás hacia el norte es el convento más importante. Yo he pensado, es como una hipótesis nada más, como una posible razón para que él haya sido el patrono o benefactor de este célebre convento que actualmente es una de las mejores pinacotecas en toda la República...”



"El 14 de febrero de 1800, Dn. Francisco Peyró Gramon obtuvo licencia del Excmo. Sr. Obispo Dn. Francisco Rousset para construir una capilla en la hacienda nombrada de Los Pericos". Este obispo estuvo en la Diócesis de 1796 a 1817.

Cita del hisotoriador Dn. Pablo Lizárraga Arámuro

La Hacienda de Pericos, emporio henequenero

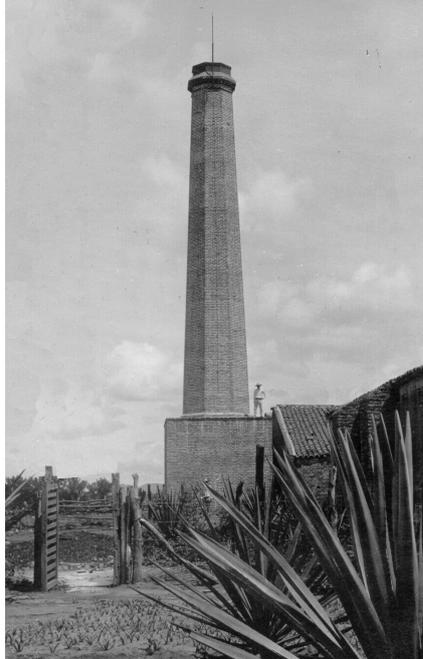
"Don Inés León Peiro Castro y su hermano Melesio fincan los negocios en la Hacienda de los Peiro en la segunda mitad del siglo XIX... ellos se establecen como "Peiro Hermanos" en 1869, es decir, 100 años después de fundada la Hacienda de Nuestra Señora de las Angustias..." era un negocio de vinatería, de comercio, de agricultura y de ganadería, posteriormente fue de henequén..."

"... de estos dos hermanos Don Inés León era el hombre de las finanzas, la oficina, el comercio y de la política estatal, llegó a ser gobernador interino de Sinaloa en la época del porfiriato, sustituyendo al gobernador Don Diego Redo durante sus largos viajes a México a acordar con al presidente Porfirio Díaz... Su hermano Melesio era el imprescindible hombre del campo y de la fábrica".

“En 1889 y 1900 en la Exposiciones Universales de París, y después en 1901 en la exposición de Buffalo, U.S.A., el aguardiente mezcal “El periqueño” obtiene premios internacionales por su calidad en la elaboración.”

“En 1890 se construye la primer industria henequenera, ixtlera cuya fibra se extraía de la hoja azul del henequén... tuvieron también junto con esa fábrica “La tienda”, un comercio con todo tipo de mercancías, y en la sierra estaba la mina “Los cuates” y una huerta con frutas: peras y manzanas...”

“El henequén ¿cómo llega a Pericos? El henequén solamente existía en Yucatán, es un cultivo exótico y en aquellos tiempos con mayor razón, los yucatecos tenían gran celo de que aquellos monopolios que tenían de esta fibra vegetal, tan valiosa y con tanta demanda en el extranjero no saliera de allí... Don Inés Peiro que tenía relaciones con el ministro de Hacienda de Don Porfirio Díaz, relaciones de trato personal, el señor José I. Limantour, consigue que éste le tuerza el brazo a algún henequenero yucateco y logra que exporten de aquel lugar hacia Pericos algunas plantas de henequén... pero parece que antes de salir de Yucatán las plantas las hervieron para que llegaran muertas, pero por su extraordinaria resistencia algunas lograron sobrevivir y se plantaron, de allí surgió el henequén de Pericos...”



La hacienda de Pericos, emporio henequenero.



Con motivo de la boda de una hija de Dn. Estanislao Peyró (hijo de Dn. Francisco) la capilla fue lapidada con cemento en cuadros negros y blancos. Anteriormente tenía piso de ladrillo.

El último de los fundadores: Don José Inés Peiro Orrantia, (1889-1983), "... hijo de Don Inés León y Doña Rafaela, fue un hombre de dos épocas y de dos culturas, las dos épocas son el porfiriato y la otra época más actual... Nació en Pericos, estudió en Estados Unidos (San Francisco, California) y tuvo nexos con ese país por razones de negocios ya que el henequén lo exportaba..."

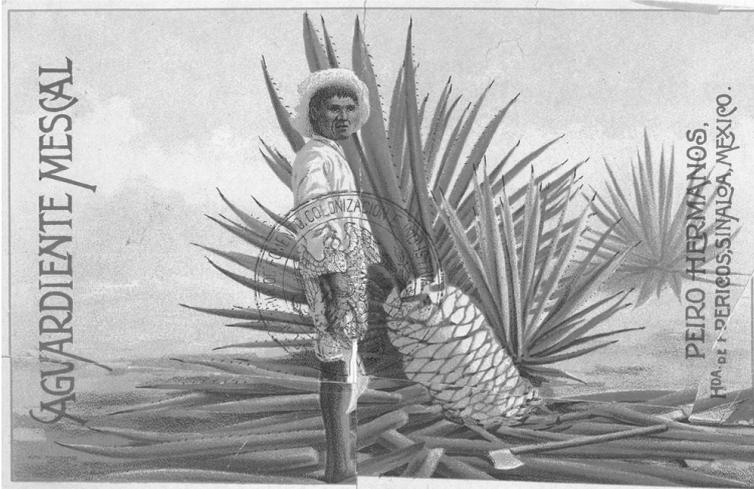
"... durante la Revolución tuvo amigos como el Gral. Álvaro Obregón a quien conoció y trató personalmente, y al Gral. Manuel Ávila Camacho, ambos llegaron a ser presidentes de México..."

"...él llevó la luz eléctrica pública al poblado de Pericos, él montó la primera planta de hielo para el pueblo, puso el primer cine, fundó el primer Banco del Noroeste, instaló una nueva planta desfibradora de henequén de la más alta tecnología para la época, sustituyendo la antigua maquinaria yucateca, producía fibra clasificada a Estados Unidos como henequén "Doble A" de gran calidad y aceptación comercial, trajo el primer automóvil a Pericos, en la hacienda tenía líneas de teléfono privado, de Pericos a la estación de ferrocarril, de las

oficinas de las fábricas y a dos ranchos, contaba con cerca de 20 pozos de agua con noria, varias con bombas, motobombas de vapor o bien bombas de gasolina, introdujo el cultivo del henequén al estado de Sonora...”

“La amistad de Don Inés con el Gral. Álvaro Obregón surgió en la época floresciente del henequén, donde el General se interesó por el negocio...”

“El General Obregón estuvo en Pericos, estuvo en la fábrica, en las plantaciones, se hospedaba en la Casa; cuando venía él en el tren presidencial de Cd. Obregón a México, casi invariablemente le avisaba a Don Inés, para que fuera a



Etiqueta de aguardiente mezcal que producía Peiro Hermanos

esperarlo a Estación Retes y paraba el tren presidencial, las horas que fueran, allí conversaban y trataban asuntos...”

“Gracias a las iniciativas de los hermanos Peiro el Gral. Obregón plantó miles y miles de hectáreas en el estado de Sonora, pero ese negocio se malogró porque el henequén tarda, desde que se planta hasta que tiene que producir, cuando menos cinco años, y en esta época fue asesinado en el célebre restaurant de “La Bombilla”, en la Cd. de México, y aquello no llegó a más...”

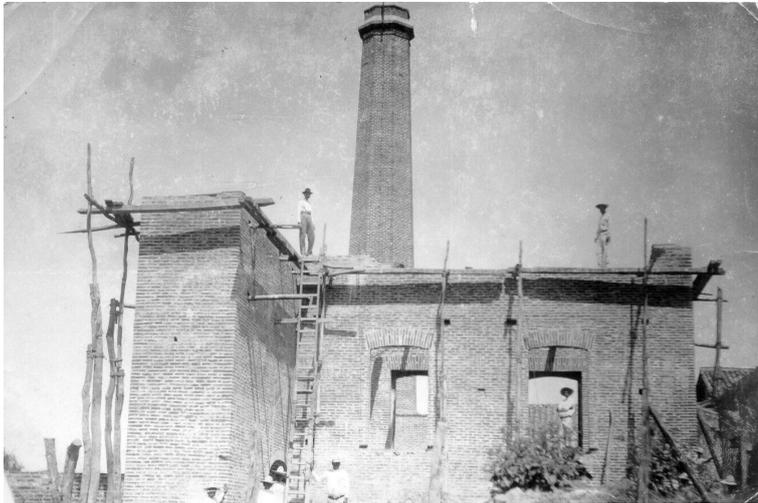
“Perfiles de la hacienda henequenera de Pericos”.

Fragmentos escritos por
Rafael Canale Peiro

“Don Francisco fue un hombre visionario, supo escoger el lugar donde se puso, donde se plantó la hacienda de Nuestra Señora de las Angustias, ahora Pericos, escogió un punto en el centro de una valle fértil al oriente con un arroyo muy caudaloso, casi un río, al poniente muchos arroyos que no tan caudalosos pero que también sacan mucha agua, al norte tenía el camino de las diligencias, que también se le decía el Camino Real, que tenía mucho tráfico, había mucho movimiento de carga y mucho pasaje, al sur, tenía la gran Laguna de Caimanero y hasta la fecha conserva ese nombre, donde van y descargan todos los arroyos que vienen del norte, y además, es la única salida al sur del valle de Pericos, todo el resto está cercado de cerros”

“Los principales giros de la hacienda era la agricultura y la ganadería y se plantaban distintas, se hacían distintas cosechas en tanto las tierras de temporal como las tierras de humedad, todos esto daban grandes beneficios que se compartían con otros pueblos como era Comanito, Capirato, Mocerito y San Benito”

“La principal industria de la hacienda era la elaboración de agua ardiente mezcal y también se producía fibra que



La construcción de la fábrica.

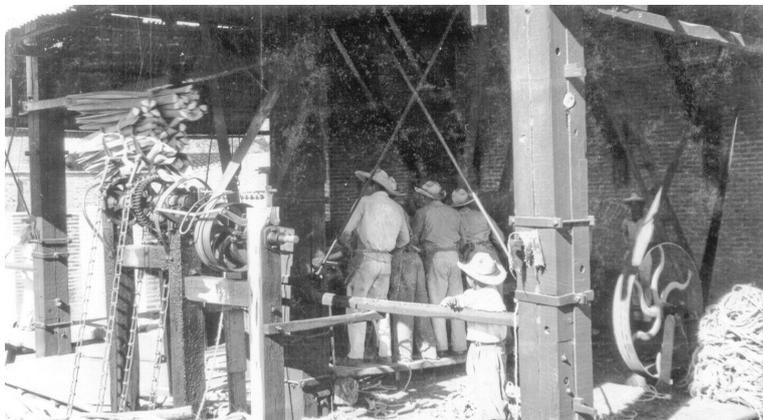
se sacaba de las hojas de los agaves de donde se extraía el mezcal”

“Se comercializaba con varios productos y entre esos se contaba la madera de brasil, que es un árbol de corazón muy rojo, muy intenso, este brasil se embarcaba por el estero del Tule, salía al puerto de Altata, de Altata continuaba a Mazatlán y de ahí a su destino final que era Alemania, donde se utilizaba para teñir telas”

“Se compró o se obtuvo, no sé en que forma pero se creyó que comprada, la mina de los cuates en la sierra de Badiraguato, cuéntase que era una mina muy rica que tenía filones de plata, casi de plata pura”

“Del ganado se obtenían los cueros que se conservaban con sal y con cal por toda la región, otro producto era la elaboración de quesos que llegaron a ser famosos por su sabor y conocerse en toda la región como quesos de Mocerito que hasta la fecha existen”

“Cuando murió Don Estanislao, la hacienda pasó a poder de Don Inés León Peiro Castro, mi abuelo, quien formó una



Reciba de las hojas.

sociedad con su hermano Melesio y convirtió Pericos en un centro industrial agrícola, ganadero y comercial de mucha importancia, ensanchó la producción de aguardiente y es distribuida por todo el Estado este producto y hasta por otros varios Estados de la República, y en una ocasión se mandaron muestras a París y a Chicago y a las grandes ferias mundiales, de dichas muestras obtuvieron premios en medallas y en mención honorífica, también se aumentó la producción de fibra, se seguían elaborando el vino-mezcal, se abrieron nuevas tierras para aumentar las plantaciones”.

“Valiéndose de amistades y con su propia influencia, consiguió mi abuelo que le vendieran en Yucatán mil plantitas de henequén, de las cuales no llegaron en buen estado a Pericos más que unas cuatrocientas o quinientas, porque antes de salir las plantitas de Yucatán las pusieron en agua hervida para matar la vida, para que no prosperaran aquí en Sinaloa, pero el henequén es tan aguantador que de hecho vivieron alrededor de unas cuatrocientas o quinientas plantas.”.

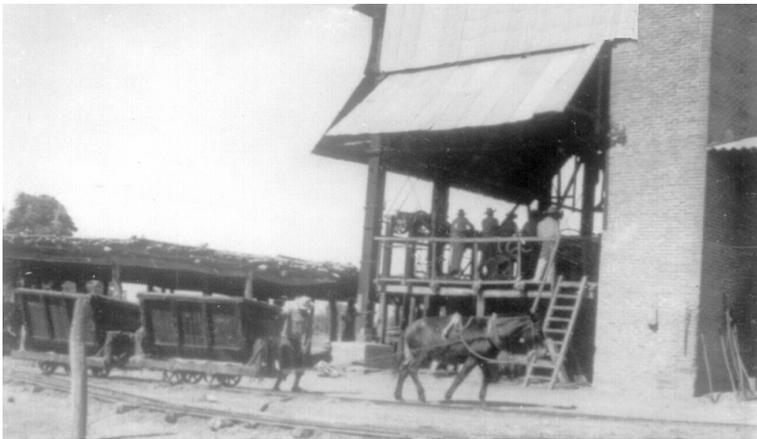
“La industria de fibra siguió como lo principal y también la producción de vino-mezcal, años después el henequén, ya no la fibra de otro agave, fue el principal negocio de la hacienda de Pericos, en ese entonces se modernizó y se aumentaron los hatos de ganado, se mejoró la producción y la calidad del queso, el comercio aumentó con el mezcal y con la fibra el

mezcal se embalaba en damajuana de 20 litros, en botellas de 1 litro y en botellas medias, la fibra se envasaba en bultos que realmente no sabría decir de cuántos kilogramos pero cada bulto se envolvía en un cuero de res y se mandaba al sur de la República o al sur de la entidad por el puerto de Altata”.

“Empezó la industria de la harina, para ello se aumentaron las siembras de trigo, se compró un molino, se compraron varios cedazos y se empezó a fabricar harina blanca y harina morena que le decían “harina semita” que hoy la conocemos todos como harina integral”.

“Don Inés y Don Melesio Peiro trabajaron con una razón social que se llamaba “Inés y Melesio Peiro”, después la razón social se cambió a “Peiro Retes y compañía”, finalmente la razón social fue “Peiro hermanos”, hasta la muerte de mi abuelo en 1917. Don Inés Peiro Orrantia al morir Don Inés Peiro Castro se hizo cargo de la hacienda y formó la sociedad “Peiro Hermanos” con su hermano Melesio Peiro de los mismos apellidos”.

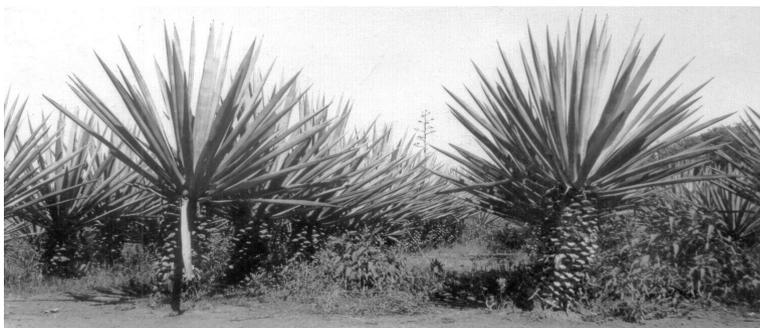
“Ya al final de la administración de Don Inés, se abandonó la producción de aguardiente mezcal y se dedicó el negocio a producir fibra únicamente. En ese entonces se contaba con muchas plantaciones de henequén, todas estas plantaciones descendían de las pocas plantitas que trajo mi abuelo del



Vagonetas y mulas acarreado henequén.



Los tendedores, secado de la fibra.



Los campos de henequén.

estado de Yucatán, plantitas que se cuidaron con esmero y en el curso de los años estaban pagándoles a los nuevos dueños el buen cuidado que habían tenido”.

“Muchos creen que la hacienda de Pericos fue como eran las haciendas del sur, que eran grandes extensiones de terrenos cercadas por una barda dentro de la cual se encontraba la casa del dueño, o sea la casa del patrón, también se encuentran muchas casas de los peones acasillados y tengo entendido que esos peones eran tratados como animales, mucha gente cree que Pericos era igual y no. Pericos fue una hacienda prácticamente dijéramos modelo, no había barda, la casa del dueño, la casa del patrón estaba en el centro de Pericos y las casas de los trabajadores estaban diseminadas en todo el

campo que ocupaba la hacienda”.

“La hacienda de Pericos terminó como termina todo y únicamente quedan de esa hacienda los muy buenos recuerdos, queda la casa paterna en el centro de Pericos, la casa donde yo nací y queda también la chimenea de la fábrica como un mudo centinela de que ahí existió una próspera industria henequenera.

Los primeros automóviles de Sinaloa

“Una de las cosas que disfrutamos mucho la familia entera, fue el automóvil Buick que compró Dn. Inés, mi tío, alrededor de 1914, salimos en él al campo, nos paseábamos y retratábamos dentro, o junto al volante, como que lo estábamos manejando. Fue además de gran utilidad en todo sentido para el negocio y la familia. Parece que fue el primero en Sinaloa”.

“Dn. José Inés Peiro Orrantia llevó un automóvil Buick a Pericos en 1914, todavía faltaban años para que Alberto Slow hiciera de la General Motors, el consorcio gigantesco automotriz que después vino a ser Buick, Chevrolet, Oldsmobile, etc... Tenía además un camión marca Mack; este camión tenía las llantas



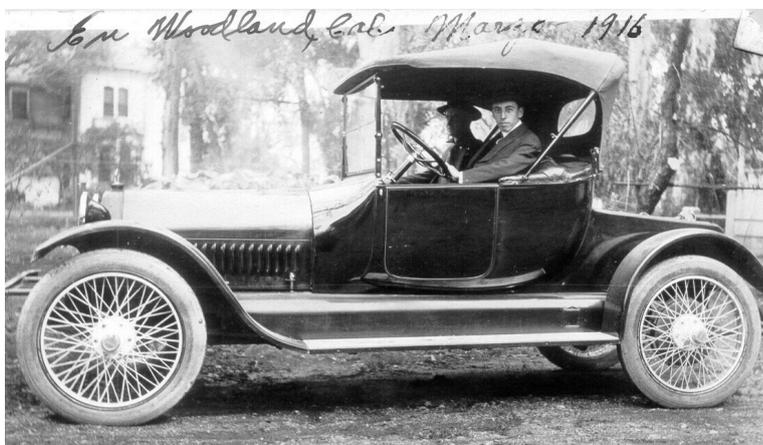
Los primeros automóviles en Sinaloa.

de hule sólido, tenía luces de carburo, no eléctricas y muelles parecidos a las de carreta de tiros de caballos...”

“... el primer camión de carga y un tractor agrícola que llegaron a Pericos, estuvieron a cargo de un operador y mecánico francés durante varios años, traído exprofeso; y estos vehículos fueron objeto de enconada competencia entre compañías petroleras del orden de Shell, Peerless y British Petroleum, para quedarse con la presea de abastecer de combustible de hidrocarburos”.



Transporte de obreros a la fábrica de henequén en los 30 ´s.



El carro en Woodland Calif. U.S.A. 1916.

“... es curioso ver que las compañías petroleras competían para abastecer de combustible y lubricante a estas unidades, de tal manera que la Shell - se fue ante la expropiación petrolera- celebraban contrato y enviaban por ferrocarril- a mí me tocó ver vestigios de aquellos, por ejemplo, venían dos latas de gasolina en botes de lámina cuadrados de 20 lts. cada una en una caja de madera- ¿cúal sería el consumo de gasolina en aquellos tiempos que las compañías petroleras utilizaban un contrato para el consumo de un camión y un tractor”.

El ferrocarril

“... Peiro Hermanos, Retes Hermanos Sucesores, Don Juan Pablo Pastor, Dn. Inés León Peiro, Don Melesio Peiro, Don Guillermo Retes Peiro y Don Pablo Retes, quienes representaban el 86% de la Hacienda de Pericos, dan su autorización a la Compañía de Ferrocarril “Cananea, Río Yaki y Pacífico” para que haga estudios acerca del trazo de la vía que pasará por su hacienda... También se tuvo el proyecto de un ramal del ferrocarril de Retes a Pericos, pero nunca se llevó a cabo, sería por la topografía del terreno o por pensar que el



Las cacerías en el carruaje.



Transitando las brechas en el carruaje.



Viaje a la playa en los 40's.



Dificultades en un viaje a la playa Punta Arena.

movimiento para esa inversión era largo y no valía la pena el esfuerzo”.

“... había 8 km de ferrocarril, ésta era una vía francesa, una vía angosta, tendida por las plantaciones de henequén, eran plataformas que rodaban por ahí y las socas que se cortaban del henequén eran transportadas por este medio a la fábrica o planta desfibradora...”

Un viaje de Pericos a México D.F. “... era casi una peripecia. De Pericos a Culiacán en carruaje, Culiacán - Altata en Ferrocarril Occidental, conocido popularmente como el Tacuarinero, Altata - Mazatlán en barco, en Mazatlán cambio de barco hacia Manzanillo, en Manzanillo tomar la diligencia o el carruaje a Guadalajara y, en Guadalajara tomar el ferrocarril a México, este viaje tenía una duración aproximada de 10 días”.



Arte en "La Casa"

Arte en "La Casa"

“...La imagen que se venera es Nuestra Señora de las Angustias, durante años se conservó la original: Una virgen antigua con carita y manos de madera muy bonita, vestida de terciopelo morado...”.

“...También estaba la Biblia, era una edición grande antigua con ilustraciones muy bonitas y piadosas en blanco y negro...”

“...el Cristo grande que veían en el cuarto de Francis, mi tío, y de Catita (antes lo habían ocupado mis abuelos), lo había encargado mi papá Inés a Italia en un viaje que había hecho un sacerdote amigo de la familia, el padre Valdés... a partir de



Doña Rafaela Orrania de Peiro.
(Pintura al óleo).



Rafaela Peiro Orrantia, (nina Falita)
(Pintura al óleo.)



Dn. Inés León Peiro Castro
(Pintura al óleo).

entonces se tuvo la costumbre piadosa de poner este Cristo en el lugar donde velaban a los familiares...”

“... una maceta de barro grueso verde, mediana, que tiene dos asitas labradas a cada lado; en ésta estaba sembrado un lirio japonés blanco...” Dos jarrones de porcelana verde y café que siempre estuvieron sobre el piano de la sala... el piano de mi nina Falita; un piano europeo de marca “Pleyel” que mi abuelo lo compró en Estados Unidos... Las pinturas que siempre estuvieron puestas en la sala fueron hechas por un pintor que trajo mi papá Inés, de nombre “Cataño”; eran de mis abuelos y de mi nina Falita, donde está ella muy joven aún, con sombrero y pluma...”

“Las paredes del portal y de los cuartos de la zona alta, la que había hecho mi papá Inés, estaban pintadas al óleo con motivos agrícolas: magueyes, arados etc. enmarcados en un marco con rosas. En el zaguán dos murales muy grandes, uno a cada lado: La industria y la agricultura como símbolo de las fuentes de trabajo que sostenía a la familia...”

"La Casa" ayer y hoy

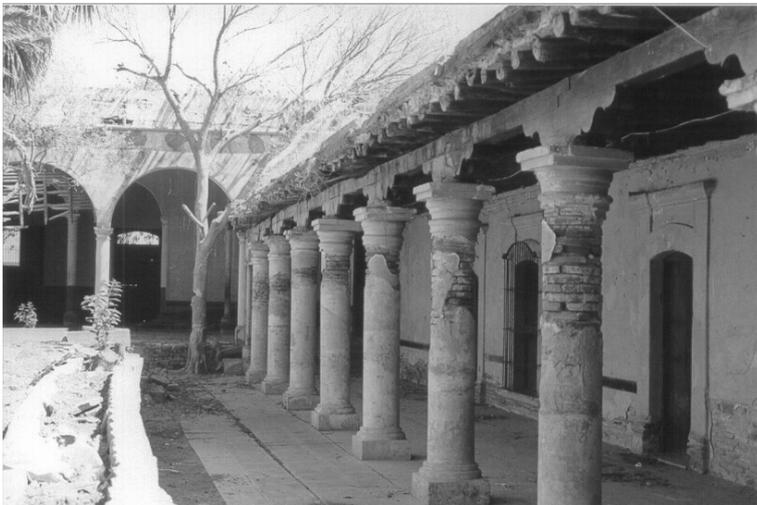
"... fue edificada en el siglo XVIII... Se conserva un dibujo a lápiz de la época donde aparece el Portal de las Hamacas como fachada principal..."

"... hacia 1889 se terminó la construcción de una nueva zona agregada a "La casa", con techos altos y arquitectura colonial..."

"... a partir de entonces se hablaba de "La casa" en dos secciones: la parte alta y la parte baja, ésta última es la del Portal de las Hamacas..."

"... en la parte alta se construyó la nueva fachada que ve al oriente, cuenta con cinco ventanas de rejas a cada lado del zaguán, la entrada principal..."

"... Todos los cuartos en general tenían ventanas hacia afuera y puertas al interior, a los portales, excepto el comedor que era abierto con dos arcos grandes altos, siempre había ventilación cruzada..."



La Casa en el 2002.

“... Las ventanas eran grandes con reja y poyete; un poyete hecho a propósito para sentarse en ellos con comodidad, persianas y puertas de cedro. Las puertas de las ventanas tenían cuatro hojas para que se pudieran cerrar de la parte de abajo y dejar abierta la mitad hacia arriba y entrara suficiente aire...”

“... Cada zona, tanto la de abajo como la de la parte alta, tenían su portal correspondiente. El de arriba era de cantera muy amplio, con pilares de fierro y seis arcos. Enmarcados en el primero estaban los escalones que bajaban al portal de cemento, y el resto miraban hacia el jardín de lajas...”

“... En medio de “La casa” estaba el jardín y el patio, divididos por un corral chico, donde siempre había gallinas y patos; hubo también venados. En el jardín había unas pilitas o aljibes donde se recogía el agua de lluvia...”

“... Junto al patio estaba la cocina, un lugar muy amplio y abierto con techo altísimo y un arco enorme. Había una estufa de leña, poyetes para el metate, el molino de nixtamal y el molcajete, muchos cazos y palas de madera gruesa y larga, tenía una gran mesa. Había también un horno de ladrillo...”



La Casa en el 2002.

“... La banqueta formaba parte de la casa. Tenía piso de laja y estaba cerrada con una verja de alambrón. En la fachada principal, frente al zaguán estaba una banca de madera como la de las plazuelas, en la esquina, donde terminaba la banqueta, mirando hacia el llano, había dos bancos más grandes en donde todas las tardes se salía a platicar...”

“...La casa fue habitada por seis generaciones; ahí se formaron y fortalecieron grandes valores. Era “La casa” de todos...”



La Casa hoy.



La Casa en el 2002.

Hoy “La casa” es un símbolo para los periqueños, porque significa parte de sus raíces históricas y de tradiciones que se gestaron a lo largo de poco más de dos siglos. Es un icono de identidad por el impacto que tuvo en el desarrollo de la región la familia Peiro, los descendientes de Don Francisco Peyró y Doña Josefa Pérez, que pueblan actualmente buena parte de Pericos.

Con honestidad intelectual, volteando al pasado y mirando al futuro, José Inés Peiro Urriolagoitia reconoce que la familia Peiro “atravesaba muy diversas etapas de su historia, que apunta a una dinastía formadora de toda una región, y que influye y padece los avatares de épocas dispares, se ubica en la palestra de la historia, y se torna un ente público, por naturaleza sujeto al rigor de la controversia y polémica, de juicios y apreciaciones más o menos fundados, más o menos errados”. Lanza una propuesta sobre la Casa hoy:

“Ojalá que el enconado y meritorio empeño de las autoridades locales, municipales y estatales, por rescatar la finca señorial de la familia Peiro, abandonada a la destrucción y a la ruina, se vea coronado por un merecido éxito en beneficio de la historia, de la cultura y sobre todo, del legítimo reclamo del pueblo periqueño”.



En el patio central 1996, la autora con su sobrino Enrique Morones Careaga.

Índice

Descendencia de la familia Peyró*
Con referencia sólo a las generaciones que habitaron y
frecuentaron la Casa

7

"La Casa" I

9

"La Casa" II

9

"La Casa" III

13

La Casa: Aquello... que los años dejan... IV

19

Anexo: Otros datos y hechos históricos V

51

La capilla de la Hacienda de Nuestra Señora de las
Angustias

51

La Hacienda de Pericos, emporio henequenero

54

"Perfiles de la hacienda henequenera de Pericos"

Fragmentos escritos por Rafael Canale Peiro

58

Los primeros automóviles de Sinaloa

63

El ferrocarril

65

Arte en "La Casa"

67

"La Casa" ayer y hoy

69

La Casa, aquello que los años dejan...
María Elvira Careaga Canale

Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2018
en los Talleres Gráficos de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa.

La edición consta de 500 ejemplares.